

CRISTIANDAD



¿Luego tú eres Rey?

«Nuevos ricos» y «nuevos sabios»

Editoriales

Encíclica «Miranda Prorsus»

de S. S. Pío XII, sobre el cine,
la radio y la televisión

La fiesta de Cristo Rey después de la Encíclica «Haurietis aquas»

por el P. Roberto Cayuela, S. I.

La Soberanía Social de Jesucristo

por el P. Enrique Ramière, S. I.

**Santa Teresita, las Misiones
y su «Misión Mundial»**

por María Asunción López



CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

Diputación, 302, 2.º, 1.ª - BARCELONA - Teléfono 22 24 46

Precio de suscripción . . . 150 pesetas

PLAZOS: Trimestral, semestral o anual - Para los señores Sacerdotes, cuota reducida

Número ordinario 7'50 ptas. Encuadernación revista. 25'00 ptas

Colecciones encuadernadas desde abril de 1944, fecha en que se inició la publicación

LECTOR: Si quieres apreciar el valor a fondo de CRISTIANDAD, guarda los ejemplares y encuadérnalos a fin de año.

La colección completa de la Revista en la Biblioteca de tu hogar te ofrecerá una valiosa fuente de consulta.

Pueden remitir a esta Administración, Diputación, 302, 2.º, 1.ª, los ejemplares, o bien llamar al teléfono número 22 24 46.

Al terminar la Misa únete al sacerdote en sus preces por la conversión de Rusia

J. R.

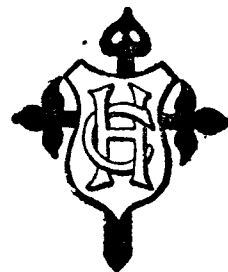
P
U
R
O
S

C
A
P
O
T
E



P
U
R
O
S

C
A
P
O
T
E



HOTEL COMPOSTELA

PRIMER ORDEN

SANTIAGO DE COMPOSTELA

GARANTÍA DE SUPREMA CALIDAD



INDUSTRIAS RIERA - MARSÁ

Precio de este ejemplar: 12 Ptas.

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO POR LA
DEVOCION A LOS SAGRADOS
CORAZONES DE JESVS Y MARIA

SVMARIO

EDITORIALES

- ¿Luego tú eres Rey?, por C. F., págs. 265 y 266.
«Nuevos ricos» y «nuevos sabios», por M. B., Pbro., págs. 266 y 267.
Perseverancia para los perseguidos, por T., pág. 267.

DEL TESORO PERENNE

- Encíclica «MIRANDA PRORSUS», de Su Santidad Pío XII, sobre el cine, la radio y la televisión, págs. 268 y 269.

PLURA UT UNUM

- La fiesta de Cristo Rey después de la Encíclica «Haurietis Aquas», por el P. Roberto Cayuela, S. I., págs. 270 y 271.
La Soberanía Social de Jesucristo, por el P. Enrique Ramière, S. I., págs. 272 a 275.
La Realeza de Cristo, de S. S. Pío XI, fragmento de la Encíclica «Quas Primas», pág. 276.
Es necesario que Jesucristo reine, de Su Santidad Pío XI, fragmento de la Encíclica «Miserentissimus Redemptor», pág. 277.
Actualidad de la idea de Cristo Rey, por el P. Ramón Orlandís, S. I., págs. 278 a 280 y 285.
El Salmo de Cristo Rey, por el P. Juan de Mata Rocasán, S. I., págs. 281 y 282.
Santa Teresita, las Misiones y su «Misión Mundial», por María Asunción López, págs. 283 a 285.
Por el Latín viviente, Carta de la Secretaría de Estado del Vaticano, con motivo del Primer Congreso Internacional para el Latín viviente, pág. 287.

FRAGMENTOS DIVERSOS

- La paz de Cristo en el Reino de Cristo, de la Carta de Mons. Dell'Acqua, en nombre de S. S. Pío XII, al Rector de la Universidad de Milán, pág. 275.
La Junta del Banco Exterior de España, del discurso del director general, junio 1957, pág. 288.

DE ACTUALIDAD

- Crónica política mensual. Leyendo y brujuleando, por José-Oriol Cuffi Canadell, «Shehar Yashub», págs. 286 a 288.

NOTA DE LA DIRECCION

CRISTIANDAD se reserva el derecho de publicar o no los originales que puedan serle remitidos, que en ningún caso se compromete a devolver. Prohibida la reproducción de sus artículos, total o parcial, así como de grabados originales de CRISTIANDAD, sin indicar su procedencia.

¿Luego tú eres Rey?

“Al prescribir al mundo católico que dé culto a Jesucristo Rey, tenemos en cuenta las necesidades actuales y aplicamos el remedio principal a la peste que ha inficionado la sociedad humana. Calificamos de peste de nuestros tiempos al llamado LAICISMO, a sus errores, a sus intentos malvados. No llegó, sabida cosa es, a la madurez en un solo día. Tiempo hacía que estaba latente en la entraña de las naciones. Comenzóse por negar la soberanía de Cristo sobre todas las gentes. Negóse a la Iglesia el derecho, que es consecuencia del derecho de Cristo, de enseñar al linaje humano, de dar leyes, de regir a los pueblos, en orden — claro es — a la bienaventuranza eterna. Luego, paso tras paso, se equiparó a la Iglesia de Cristo con las falsas, poniéndola ignominiosamente al nivel de ellas. Después se la sujetó al poder civil y poco faltó para que se la entregara al arbitrio de soberanos y gobernantes. Más lejos fueron aquellos que pensaron substituir la religión divina por cierta religión natural, por un cierto sentimiento natural. Ni tampoco faltaron naciones que juzgaron poderse pasar sin Dios y hacer religión de la impiedad y del menosprecio de Dios”.

El párrafo que antecede está tomado de la encíclica “Quas primas”, en la cual el Romano Pontífice Pío XI instituyó la festividad litúrgica de Cristo Rey, que celebramos los creyentes al término del presente mes de octubre. En él nos describía Pío XI el propósito que movía a la Iglesia a establecer la festividad de Cristo Rey: el retorno a Cristo era el único remedio para una sociedad que se sintió presa de terribles enfermedades, al punto en que, voluntariamente, quiso vivir apartada de Él.

Nada menos que treinta y dos años prácticamente se han cumplido desde la fecha en que fué instituida la solemnidad. En este lapso de tiempo, la sociedad humana ha tenido que sufrir una de las más espantosas convulsiones de que habla su historia. Aquella que convirtió a Europa en inmenso campo de batalla, desde Nápoles hasta las tierras donde el sol permanece despierto aun de noche y desde Dunquerque hasta las mesetas ucranianas. Las misma que enfrentó en mortal lucha a hombres de Europa sobre los resechos páramos de Egipto y de la Mauritania, la que descargó su mano apocalíptica sobre las ciudades japonesas, tras haber dejado la desolación y el terror en las hispanas tierras de Filipinas. Pues bien; cabalmente el eco de esa fabulosa conflagración, cuyas secuelas han sido y siguen siendo todavía la inicua entrega de viejas cristiandades al coloso moscovita y el constante temor de un nuevo conflicto que nos envuelva a todos en los horrores de un proceso bélico de dantescas dimensiones, confiere hoy un reiterado carácter de actualidad a la festividad litúrgica de Cristo Rey, siempre y cuando nos mostremos los cristianos conscientes de su finalidad y sabedores de los motivos teológicos que la explican.

La actualidad de una cosa o de una idea no se mide ciertamente por el favor unánime que los hombres pueden prestar a una u otra. Mucho menos cabe valorarla a las veces por las posibilidades que en el terreno de las hipótesis meramente humanas le atribuyamos nosotros. En la pregunta de Pilatos al Señor:

“¿Luego tú eres Rey?”, se refleja el asombro matizado por la ironía. Podrá ser, pero... ¡un rey indefenso, sin súbditos que le aclamen y sin ejército que haya por él peleado...! Pilatos, con todo, ignoraba algo muy importante. Y era que el mismo Señor había dicho: “Cuando fuere levantado en alto, los atraeré a todos hacia Mí”. Y, cuando Pilatos le interrogaba entre displicente e intrigado, Nuestro Señor Jesucristo se hallaba a dos pasos de ser izado, a los ojos del vulgo para befa y escarnio, a los ojos de Dios para salud de los hombres, en lo alto del Calvario. Y Jesús atrajo a los hombres. Y fué por ellos aclamado por Rey.

Esa paradoja — la de que en el orden divino, en la economía de la gracia, puede estar algo tanto más próximo a nosotros, cuanto según el criterio de nuestra humana rudeza parece más alejado — late en el fondo de la encíclica “Quas primas”, a modo de idea generatriz. Dios quiere que los hombres nos mostremos humildes cooperadores de sus designios de salud. La festividad de Cristo Rey nos abre un camino para obrar como verdaderos apóstoles en estos momentos, en los que el Papa incita sin cesar a los fieles a convertirse en luz y ejemplo para los demás.

La paz de Cristo en el Reino de Cristo es el lema que condensa el maravilloso ideal que nos recuerda la solemnidad de Cristo Rey. La verdad de Cristo como suprema inspiradora de la vida humana. Su ley como informadora de la vida de los pueblos y de las relaciones de los pueblos entre sí. De una manera que trasciende a pedertería en muchos y que responde a una previa toma de posición contraria a la del cristiano en otros, se da por supuesto hoy que es imposible regresar de algún modo a tiempos preteritos, en que, por la humanidad civilizada, se aceptaba a Cristo como Rey y a la Iglesia como depositaria de las verdades que garantizaban la pacífica convivencia de las naciones. Se confunde la cosa con las miserias y con los defectos de los hombres que la tuvieron por válida. Así, con manifiesta ignorancia de la verdad histórica, y con positivo desconocimiento de la doctrina de la Iglesia, se ha llegado en la práctica a aceptar el laicismo como conquista del progreso y de la evolución de la sociedad hacia estadios de constante superación. Es bueno entonces volver atrás la mirada, para caer en la cuenta de que el laicismo se ha ido convirtiendo en una realidad del mundo moderno al com-

pás del sucesivo alejamiento de Cristo por parte de ese mismo mundo. Tal vez así puedan convencerse algunos de que laicismo y cristianismo son cosas antitéticas.

No dudamos en afirmar que en el auge y difusión de esa mentalidad secularizadora tiene parte principalísima hoy la tendencia al libre examen, de neta raíz protestante, que aparece en la base de ciertos movimientos progresistas. Los cristianos debemos defendernos de esas corrientes que, como ha recordado recientemente Su Santidad Pío XII en su alocución a la Congregación General de la Compañía de Jesús, intentan hacer prevalecer “lo que es” sobre “lo que debe ser” de acuerdo con la Verdad. Ahora bien; el respeto al “libre examen”, o mejor dicho a ese libre examen vergonzante que se viste, que se recata pudorosamente bajo el nombre de “derecho a la crítica”, el culto a “lo que es” con abierta posposición, siquiera sea tácita, de “lo que debe ser”, implica siempre un endiosamiento del hombre, que cede, como es lógico, en menoscabo de los derechos de Dios. Desde luego, un mundo antropocéntrico se opone, por definición, a la idea del Reinado de Cristo. Y es forzoso reconocer que en la mente de algunos está la idea de acercar a Dios a la figuración subjetiva que cada cual pueda tener de la verdad, en lugar de acomodar al hombre al imperio de la verdad revelada por Dios.

En los actuales momentos, podemos imaginarnos a la humanidad entera como repitiendo la pregunta de Pilatos: “¿Luego tú eres Rey?” Aunque su nombre y el de sus fieles no suenen a cosa extraña en el ambiente moderno, la realidad es que Cristo, como Dios y Salvador, va resultando el gran desconocido. Nuestra tarea ha de consistir en hacer que los hombres le conozcan como al Rey, al que ha sido dado el cetro y el poderío, para salud de la sociedad. Debemos preparar los caminos que conducen al conocimiento de esa verdad, porque son los caminos por los que quiere Dios llegue la humanidad hasta el encuentro de la paz por la que suspira. Es seguro que entonces la pregunta no habrá de tener el matiz irónico que la duda y el escepticismo ponían en la voz del gobernador romano. Después del sucesivo fracaso de las fórmulas del laicismo, la pregunta será el eco de una esperanza que confiere al corazón la seguridad de haber encontrado el camino.

C. F.

«Nuevos ricos» y «nuevos sabios»

Todos admitimos que las riquezas son un don de Dios, de las cuales pedirá estrecha cuenta de su administración, porque todo lo que tenemos y poseemos sobre la faz de la tierra ha de ser para servicio y honra de su divina Majestad.

Los mismos dones sobrenaturales, la gracia y su espléndida corte, tantas veces ponderadas en los Libros Sagrados, los hemos de negociar si queremos ser llamados siervos fieles y prudentes y dignos de entrar en el gozo del Señor.

Así, pues, los bienes naturales y sobrenaturales del alma, su riqueza natural y sobrenatural, como también la del cuerpo y para el cuerpo, tiene como plomada de su buen uso la mayor gloria de Dios.

Esta lección, que nos recuerda

anualmente la fiesta de Santa Teresita, y que es de todos nuestros lectores archisabida, se me ha ocurrido aplicarla a un hecho con el cual tropezamos muy a menudo y al que queremos pasar por la criba, pues las consecuencias que de él se derivan en muchos órdenes de nuestra vida social y de apostolado son realmente precursoras de una catástrofe, conforme al dicho de nuestro Señor Jesús: “*Omne regnum in se divisum, desolabitur*”.

Por el título casi se puede descubrir a lo que me refiero. El tono despectivo con que el pueblo pronuncia el epíteto “nuevo” pegado a las palabras “rico” y “sabio” le dan un valor en nuestros tiempos tan característico, que uno siente con más insistencia el hálito vital del Sermón de la Montaña, y más concretamente del

“*Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos*”. Bienaventuranza que, al fin de la lectura de nuestras líneas, muchos la preferirían como titulares.

Claro está que aquí la palabra “rico” la tomamos como expresión de hombre poseedor de riquezas; de lo contrario, decir simplemente rico, podría abarcar o incluir al que lo es en sabiduría. Nos referimos, de consiguiente, al poseedor de riquezas y al pretendido poseedor de sabiduría, y a uno y otro les cargamos el remoque popular de “nuevo”.

DEL NUEVO RICO oímos hablar al rico viejo, o mejor quizá rico rico, al de clase media y al pobre, si bien en cada uno de estos detractores del “nuevo rico” hallaríamos, debidamente maduras sus opiniones, una faceta egoísta tan digna de repulsa como lo es la misma vanidad, osten-

tación o escándalo del vituperado tan acerbamente.

Porque no todo es envidia en estos murmuradores del "nuevo rico". El pobre, el cargado de miseria, ante el despilfarro o las agallas palpitantes del "nuevo rico", podrá sentir la comen-zón de la envidia, pero en el fondo lo que acace es una sublevación de la miseria ante tal provocación, y luego se levanta iracunda contra el destino desigual de la Humanidad, y en el caso de tener pérdida o débil la fe, cuando se considera impotente para aplastar o quitar los humos del que le escandaliza tan desvergonzadamente, levanta la mano contra la Providencia.

El rico viejo, o rico rico, se sonríe primero de las bravatas de su hermano bastardo; se regocija con los traspies que le ocasionan los montones de monedas que le caen de sus mal cerrados sacos, y finalmente se sentirá contaminado si el aire de tales pulmones llega a desparramarse por las vetustas e hidalgas mansiones de sus antepasados.

Y, por último, el de clase media, tal vez el más atacado por la envidia, mientras su lengua comenta irónicamente los nuevos modales, los nuevos rumbos y las continuadas reformas del "nuevo rico" en sus casas, muebles o coches (si no los adquiere flamantes y de rutilante y nueva trinca), está suspirando por subir los mismos peldaños y se afana y pregunta por conocer vías tan rápidas para encumbrarse y hasta intenta dar unos pasos por ellas que, al resultar fallidos, le obligan a multiplicar y recargar sus ironías.

¡Qué bien se la pasaría el "nuevo rico" en un lugar que desconociesen su historia!

Todos en el fondo se olvidan del mensaje evangélico: "Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos". Todos, incluidos los "nuevos ricos"; y todos también se olvidan del gran precepto cristiano, del *mandatum novum* (aquí en verdad el "nuevo" no lleva los gérmenes del mal), mandato que es gloria y vida y resumen de todos nuestros dogmas, de nuestra moral, de nuestra liturgia, y motor de la sociedad civil y eclesiástica, del Cuerpo místico de Cristo: *el mandato del amor*.

DEL NUEVO SABIO se habla menos en los corrillos del vulgo, no obstante existir en mayor escala si nos fijamos en las diferenciaciones que suelen hacerse de la sabiduría en los diversos ramos del saber: en ciencias, en literatura, en historia, en astrología, en teología... Dejamos a los filósofos el amplio panorama que nos

ofrece la sencilla meditación de la etimología de la palabra *sabio*.

Decíamos que se habla menos porque en este nuestro discurrir contemplamos a esta caterva de personas que no aspiran a la sabiduría, prescinden de ella, la dejan por considerarla propia de seres privilegiados.

Sin embargo, si discurriéramos por entre sabios viejos, o mejor sabios sabios, y por entre los de clase media y pobres de solemnidad en sabiduría, encontraríamos fácilmente facetas parecidas a las descubiertas en los detractores de los "nuevos ricos". Envidia, escándalo, desprecio, orgullo..., y en todos la falta del mensaje evangélico: "Quien se humillare, será ensalzado", que en último término a éste le llamaremos también pobre de espíritu, aunque bien sabemos quiere decir "rico en virtud". La misma falta en todos, en los mismos "nuevos sabios". ¡Cómo se regodean en el país de los tontos!

Cierto que los hay ricos ricos y sabios sabios, y de clase media y pobres de solemnidad que escapan del número de estos detractores, y nos

darían el justo medio de la virtud. Son verdaderamente ejemplos hermosos, eficaz levadura para fermentar la masa, regenerarla y mejorarla. Y es evidente que por la misma fuerza creadora que lleva dentro de sí la sabiduría — que tomamos ahora en el sentido vulgar — es de tantos quilates, o más, que el poderío de las riquezas.

* * *

Por eso cada vez que el Papa nos ha denunciado el peligro de ciertas novedades en teología, en moral, en liturgia, en sociología o en materias científicas..., hemos escuchado con una atención especial; nos ha parecido oír el mensaje evangélico aplicado a nuestros días, y para acertar en nuestros juicios o palabras sobre los seguidores de la "teología nueva", de la "moral nueva"... hemos buscado en los augustos documentos el justo medio para fermentar la masa, para regenerarla o mejorarla.

M. B., Pbro.

Profesor del Seminario
Diocesano de Gerona

Perseverancia para los perseguidos

El sacrificio de los mártires es ciertamente maravilloso. Él solo nos habla de la divinidad de la Iglesia. Divinidad, hemos dicho. Porque sin el concurso especialísimo de Dios, sin la ayuda de la gracia, no habría mártires, no existiría esa historia verídica y ciertamente maravillosa de los que dieron y dan todavía hoy testimonio de nuestra Fe.

Estas consideraciones, elementalísimas, por lo demás, tienen hoy cabida en estas páginas, a propósito de la intención que el Apostolado de la Oración señala a sus socios para el presente mes. No se trata de una intención general, en sí misma buena, como es lógico, pero alejada de la realidad contemporánea. Lejos de ser así, la intención alude a hechos muy concretos que se han dado y continúan dándose en nuestros tiempos. A pesar de la "convivencia", de la "comprensión" y de la "indiscriminación religiosa", amplios sectores de la cristiandad mundial viven bajo la amenaza constante de la persecución.

Los hombres que desenvuelven su existencia bajo semejantes condiciones saben a costa de cuántos sacrificios de toda índole y a riesgo de qué peligros han podido conservarse fieles a la Religión de Cristo. Ellos saben,

sin duda, de la providencial asistencia del Señor en momentos en que se hallaban expuestos a perecer física o moralmente. Su resistencia se halla sometida a dura prueba. Ahora bien; el conocimiento de tales realidades debe obrar en nosotros, los que, por la misericordia de Dios, nos hallamos alejados del peligro, a modo de aguijón para que constantemente nos sintamos obligados a acompañarles con nuestras oraciones.

Oración para su perseverancia en los momentos de peligro. Oración para que no decaigan en su espíritu a través de una persecución que, no atreviéndose a las veces a actuar directamente, busca el rodeo de las trabas administrativas, de las facilidades que para el vivir material supedita el haber renunciado para uno mismo y para los suyos a la Fe de sus padres. También así puede quebrantarse el espíritu de cristiana resistencia frente a los que quieren despojar al hombre de su fe. Es éste un nuevo género de persecución incruenta que para algunos pide mayor espíritu de fe, precisamente porque el enemigo obra de modo sistemático hasta hacer creer que quedan para el creyente cerrados todos los horizontes.

T.

ENCICLICA

«MIRANDA PRORSUS», DE S. S. PIO XII, SOBRE EL CINE, LA RADIO Y LA TELEVISION

A LOS VENERABLES HERMANOS, PATRIARCAS, PRIMADOS,
ARZOBISPOS, OBISPOS Y OTROS ORDINARIOS QUE ESTAN
EN PAZ Y COMUNION CON LA SEDE APOSTOLICA,
PIO PAPA XII



Venerables Hermanos, salud y Bendición Apostólica.

INTRODUCCION

Las maravillosas invenciones técnicas de que se glorían nuestros tiempos, aunque fruto del ingenio y del trabajo humano, son, además, dones de Dios, Creador nuestro, del cual procede toda obra buena: "Él no sólo da, efectivamente, la existencia a toda criatura, sino que, después de haberla creado, la conserva y la desarrolla" (1).

Algunos de estos medios técnicos sirven para modificar las fuerzas y las posibilidades físicas del hombre; otros, para mejorar sus condiciones de vida; otros, además — y éstos son los que guardan relación más cercana con la vida del espíritu —, sirven directamente o por medio de la expresión artística, a la difusión de las ideas, y ofrecen a las multitudes, de un modo fácilmente asimilable, imágenes, noticias y enseñanzas, que al par que nutren la mente, proporcionan también solaz en las horas de asueto y de reposo.

Entre las invenciones que se refieren a esta última categoría, han tomado extraordinario vuelo, en nuestro siglo, el cine, la radio y la televisión.

Motivos del interés de la Iglesia

La Iglesia ha acogido estas técnicas desde el principio, no sólo con particular gozo, sino también con maternal ansiedad y vigilante solicitud, debiendo, como debe, ella proteger de todos los peligros a sus hijos que andan por el camino del progreso.

Tal solicitud deriva directamente de la misión que le ha sido confiada por el Divino Redentor, porque dichas técnicas — como es sabido de todos — tienen un poderoso influjo sobre el modo de pensar y de obrar de los individuos y de la comunidad.

Hay también otras razones por las cuales la Iglesia tiene un especial interés en este asunto: porque, elevada sobre todas las cosas, tiene un mensaje que transmitir a a los hombres, o sea, el mensaje de eterna salvación; mensaje de incomparable riqueza y potencia, que el alma de todo hombre, sea cualquiera la nación o el tiempo a que pertenezca, debe acoger según la palabra del Apóstol: "A mí, que soy menos que el más ínfimo de los santos, fué dada la gracia de llevar al Gentil la buena nueva de las inexcrutables riquezas de Cristo, y de ilustrar a todos los hombres descubriéndoles la dispensación del misterio que, después de tantos siglos, había permanecido en el arcano de Dios creador de todas las cosas" (2).

Nadie podrá, por lo tanto, maravillarse que la Suprema Autoridad Eclesiástica se haya ocupado de este importante asunto, para asegurar la eterna salvación de las

almas rescatadas "no con oro ni con plata corruptible... sino con la sangre preciosa de Cristo, Cordero inmaculado" (3), y haya estudiado atentamente los problemas que el cine, la radio y la televisión presentan hoy a los fieles.

Precedentes de la Encíclica

Han transcurrido otros veinte años del día en que Nuestro Predecesor, de feliz memoria, Pío XI, dirigió por primera vez, valiéndose "de la admirable invención marconiana", un radiomensaje "a través de los cielos a todas las gentes y a todas las criaturas" (4).

También Nuestro Antecesor impartía pocos años después al Venerable Episcopado de los Estados Unidos, con la admirable Encíclica "Vigilanti cura" (5), sabias enseñanzas conformes a las necesidades de los tiempos, sobre el recto uso del cine, declarando, entre otras cosas, ser "necesario y urgente procurar que también los progresos del arte, de la ciencia y de la misma perfección de la técnica humana, puesto que son dones de Dios, sean ordenados a su mayor gloria y a la salvación de las almas, y sirvan prácticamente para la dilatación del Reino de Dios en la tierra, a fin de que, tal cómo la Iglesia enseña a pedirlo, pasemos en medio de los bienes terrenos de modo que no perdamos los eternos" (6).

Nós mismo, bajo Nuestro Pontificado, con frecuencia y en varias ocasiones hemos tratado este asunto, dando oportunas normas directivas no sólo a los Pastores de las almas, sino también a las diversas ramas de la Acción Católica y a los maestros y educadores cristianos. Por otra parte, hemos admitido también con gusto a Nuestra presencia las varias categorías profesionales del arte cinematográfico, de la radio y de la televisión; y después de haber expresado Nuestra admiración por los progresos técnicos y artísticos de sus realizadores, hemos recordado la responsabilidad de cada uno, los grandes méritos conseguidos, los peligros en los que pueden incurrir, y los altos ideales que deben iluminar sus inteligencias y guiar su voluntad.

También hemos cuidado, como bien sabéis, de instituir en la Curia Romana una Comisión especial (7), con la misión de estudiar cuidadosamente los problemas del cine, de la radio y de la televisión, que tienen relación con la fe y con la moral; y tanto los Obispos como todos los que están interesados pueden consultar a esta Comisión para obtener las normas oportunas.

Nós mismo a menudo nos valemos de estos maravillosos medios modernos de difusión, que Nos ofrecen la posibilidad de perfeccionar la unión de toda la grey con el

(1) S. Juan Cris. *De substantiâli, contra Anomocos*; P. G. 48, 810.
(2) *Eph.* 3, 8-9.

(3) 1 *Petr.* 1, 18-19.
(4) Radiomensaje *Qui Arcano*, del 12 febrero 1931. A. A. S. vol. XXIII, 1931, pág. 65.
(5) Encíclica *Vigilanti cura*, del 29 de julio de 1936, A. A. S. vol. XXVIII, pág. 249, sig.
(6) Encíclica *Vigilanti cura*, del 29 de julio de 1936, A. A. S.
(7) *Cfr.* A. A. S. vol. XLVI, 1954, pág. 783-784.

Supremo Pastor, a fin de que Nuestra voz, superando sin dificultad los espacios de la tierra y del mar del mismo modo que el remolino de las pasiones humanas, pueda llegar a las almas, ejerciendo una saludable influencia, tal como requieren las siempre crecientes obligaciones del Sumo Apostolado confiado a Nós (8).

Los frutos de la enseñanza Pontificia

Es para Nós motivo de aliento saber que Nuestras exhortaciones, y las de Nuestro inmediato Predecesor, Pío XI, de feliz memoria, han contribuido mucho a dirigir al cine, a la radio y a la televisión al perfeccionamiento espiritual de los hombres y a la mayor gloria de Dios.

Bajo Nuestra vigilante guía y celoso impulso, Venerables Hermanos, se han promovido con acordes esfuerzos actividades y obras, no sólo en el plan diocesano, sino también en el nacional e internacional, por medio del oportuno apostolado ejercido en estos sectores.

No pocos dirigentes de la vida pública, representantes del mundo industrial y artístico, y amplios sectores de espectadores católicos, y también no católicos pero de buena voluntad, han dado apreciables pruebas del sentido de responsabilidad, realizando laudables esfuerzos, aun a costa de no pocos sacrificios, para que en el uso de la técnica de difusión se evite todo peligro de mal y sean respetados los Mandamientos de Dios y los valores de la persona humana.

Desgraciadamente, sin embargo, debemos repetir con San Pablo: "No todos obedecen al Evangelio" (9), porque también en este campo el Magisterio de la Iglesia ha encontrado a veces por parte de algunos incomprensiones y rechazos, cuando no ha sido violentamente combatido; es decir, individuos impulsados por un desordenado deseo de lucro, o víctimas de erróneas ideas sobre la realidad de la naturaleza y de la libertad humana, y sobre las rectas concesiones que han de hacerse al arte.

Si la actitud de estas personas Nos llena el ánimo de amargura, no podemos, sin embargo, claudicar de Nuestro deber y minimizar Nuestra omisión, con la esperanza de que será reservado también para Nós el reconocimiento que dieron a Jesús sus enemigos: "Sabemos que eres veraz y que enseñas el camino de Dios, según la verdad, sin respeto a nadie" (10).

Motivo de la Encíclica

No sólo grandes ventajas, sino desgraciadamente también tremendos peligros pueden nacer de los maravillosos progresos técnicos que se han verificado y continúan verificándose al presente en los sectores del cine, de la radio y de la televisión.

Estos medios técnicos — que están, puede decirse, al alcance de todos — ejercen sobre el hombre un extraordinario influjo, porque pueden ilustrarle, ennoblecerle, enriquecerle en belleza, y también porque lo pueden sumir en tinieblas, llevarlo a la depravación, ponerle a merced de los desenfrenados instintos, según que el espectáculo ponga en evidencia los elementos de uno u otro campo (11).

Como en el desarrollo de la técnica industrial del siglo pasado, que con frecuencia ha ocurrido que la máquina, destinada a servir al hombre, más bien le ha perjudicado dolorosamente, así ocurre también hoy con el desarrollo de la técnica audiovisual que no queda sometida al "suave yuko" (12) de la ley de Cristo, y se corre el riesgo de que

sea causa de infinitos males, tanto más graves, porque no se trata ya de perjudicar las fuerzas materiales, sino también las espirituales, privando al hombre del conocimiento de las grandes ventajas que encierra el fin providencial (13).

Siguiendo con paternal solicitud, día a día, el grave problema, y considerando los saludables frutos que ha producido — en el sector del cine — desde hace más de dos decenios, la ya mencionada Encíclica "Vigilanti cura", hemos acogido con benevolencia el requerimiento que nos ha llegado de celosísimos Pastores y seglares competentes en esta técnica, de dar por medio de la presente Carta Encíclica enseñanzas y normas directivas, que sean válidas también para la radio y la televisión.

Por lo tanto, después de haber invocado al Señor con insistente oración, e implorando la intercesión de la Virgen Santísima, queremos dirigirNos a vosotros, Venerables Hermanos, de quienes conocemos las solicitudes pastorales, para exponer, no sólo la doctrina cristiana relativa a este campo, sino también para indicar las necesarias provisiones y las oportunas iniciativas; y por eso queremos con toda insistencia recomendaros advertáis a la grey confiada a vuestro cuidado, contra los errores y los peligros que el uso de las mencionadas técnicas podría provocar, con grave perjuicio de la moral cristiana.

PARTE GENERAL

La «difusión» de la doctrina cristiana

Antes de tratar separadamente sobre las cuestiones relativas a los tres grandes medios de difusión, o sea, el cine, la radio y la televisión — y sabemos bien que cada uno de ellos constituye un hecho cultural con propios problemas artísticos, técnicos y económicos —, Nos parece oportuno exponer los principios que deben regular la difusión, entendida en el sentido de comunicación, en toda su amplia escala, de los bienes destinados a la comunidad y a los individuos en particular.

La difusión del Bien

Dios, Sumo Bien, concede incesantemente Sus dones al hombre, objeto de particular solicitud y amor; estos dones algunos son espirituales, otros materiales; y estos últimos deben estar subordinados a los primeros, como el cuerpo está subordinado al alma, a la cual, antes de comunicarse a Sí mismo por la visión beatífica, se comunica por la fe y por la caridad que "ha sido derramada en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado" (14).

Deseoso de encontrar en el nombre el reflejo de las propias perfecciones (15), Dios lo ha asociado a Su obra de otorgar los valores espirituales, llamándolo a ser mensajero, portador y dispensador de los mismos, en beneficio del perfeccionamiento individual y social.

El hombre, en efecto, impulsado por su misma naturaleza, desde los tiempos antiguos, tuvo solicitud por comunicar a los otros sus bienes espirituales por medio de signos materiales, que ha ido siempre perfeccionando. Todos estos medios de difusión, de las imágenes y de los signos gráficos, desde la edad más remota hasta la técnica moderna, deben ser dirigidos también en este campo, a provocar la actividad del hombre al servicio de Dios.

(Continuará, D. m., en el número próximo)

(8) Discurso a los católicos de Holanda, de 19 de mayo 1950. *Discorsi e Radiomessaggi di S. S. Pio XII*, vol. XII, pág. 75.

(9) *Rom.* 10, 16.

(10) *Math.* 22, 16.

(11) Cfr. Discurso a los Representantes de la Industria Cinematográfica Italiana, de 21 junio 1955: *A. A. S.* vol. XLVII, 1955, pág. 504.

(12) Cfr. *Math.* 11, 30.

(13) Discurso a la Conferencia Internacional de Radiodifusión y alta frecuencia, de 5 mayo 1950: *Discorsi e Radiomessaggi di S. S. Pio XII*, vol. XII, pág. 54.

(14) *Rom.* 5, 5.

(15) Cfr. *Math.* 5, 48.

LA FIESTA DE CRISTO REY DESPUES DE LA ENCICLICA «HAURIETIS AQUAS»



COMO agua de mayo esperaban los buenos hijos de la Iglesia, Sacerdotes, Religiosos y Fieles, y también los Pastores de la Grey de Cristo, los Obispos, una palabra clara, orientadora y terminante del Papa sobre el Culto y Devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

Eran tantas, tan atrevidas y equivocadas, y juntamente tan insidiosas y falaces, las cosas que se iban esparciendo como reparos, objeciones, recelos, prejuicios y hasta acusaciones contra esta forma de piedad cristiana, que se había engendrado ya la desorientación y el confusionismo. A los que tales especies propalaban se les puede atribuir lo que en Salmo II, «Contra las lenguas dolosas», pone David en boca de los que fiándose de su propio juicio y ciencia, y procediendo con independencia funesta respecto de Dios y de sus representantes, se arrojan a decir: «Haremos triunfar nuestra lengua; contamos con nuestros labios; ¿quién puede ser nuestro amo?» La cizaña había cundido en el campo de la Iglesia. Se hacía necesario que desde la Cátedra suprema de la verdad, se dijese la verdad, toda la verdad, acerca del Culto y Devoción al Corazón Santísimo de Nuestro Redentor y Salvador.

Y el Vicario de Cristo, guiado por el Espíritu Santo, ha hablado a toda la Iglesia; y nos ha dicho lo que deseábamos y necesitábamos. Fué el Papa a las fuentes del Salvador; y sacó de ellas con gozo el agua saludable que como agua de mayo (fué precisamente en mayo de 1956) derramó sobre la tierra sedienta, mostrándonos al mismo tiempo a todos nosotros esas mismas fuentes, para que vayamos a ellas, y saquemos con gozo agua saludable de doctrina y de vida.

Toda una Encíclica, la que comienza con las palabras «Haurietis aquas», Encíclica extensa, profundamente sólida y diáfana, luminosa, ha dedicado el Sumo Pontífice Pío XII a la exposición de los fundamentos del Culto al Sagrado Corazón de Jesús. Eso era lo que la Iglesia pedía; y eso es lo que el Papa le ha dado: la fundamentación incommovible de la doctrina y de la práctica de este Culto providencial, en la misma Revelación divina, tal como Jesucristo la dió a su Iglesia, y Ella la conserva como depósito sacratísimo en los Libros inspirados del Antiguo y del Nuevo Testamento y en la Tradición Apostólica; y con su infalible Magisterio la interpreta y la enseña a todos los hombres.

Las objeciones han quedado rebatidas; los prejuicios, disipados; las acusaciones, deshechas. Y aquellas sombras de desestima o de menor aprecio de este Culto que iban entenebreciendo a no pocas almas, y que procedían del desconocimiento de la verdadera naturaleza, del altísimo y amplísimo objeto, y de los preciosísimos frutos de este Culto, han huído ante el resplandor de la luz que ha encendido el Papa en lo más alto de la Iglesia para que todos quedásemos iluminados por el brillo sereno y vivísimo de esa luz.

Quien lee atentamente toda la Encíclica, y sigue paso a paso el pensamiento del Papa y los argumentos que aduce para probar todo lo que afirma; quien no habiendo perdido el hilo de oro que engarza por manera maravillosa las diferentes Partes, párrafos e incisos del soberano Documento, y llega así a la última página, se encuentra con que inmediatamente antes de la despedida que nos da el Papa con su Bendición Apostólica, hay un párrafo que de momento es una sorpresa. En efecto, más de un lector se queda sorprendido al ver de qué manera termina el Papa su Encíclica sobre los fundamentos del Culto al Sacratísimo Corazón de Jesucristo. Parece a primera vista una terminación inopinada o no esperada. Pero si recordando todas las enseñanzas de la Encíclica y uniéndolas en la magnífica síntesis con que Pío XII las ha presentado, considera el atento lector lo que el Papa dice en este último párrafo, y por qué lo dice, cae en la cuenta de que este párrafo no es tan sólo el último párrafo, la terminación del Documento, como podía haber sido otra cualquiera; sino que es la meta a donde todo lo demás se dirige, el fin de todas las anteriores enseñanzas, la conclusión lógica de las premisas establecidas en el decurso de la Encíclica. He aquí el texto de este párrafo final:

«Entre tanto, animados de la más dulce esperanza, y presagiando ya los frutos espirituales que confiamos han de brotar copiosamente en la Iglesia, del culto al Sagrado Corazón de Jesús — si se le entiende rectamente en la forma que hemos explicado y se lo practica con fervor —, elevamos humildemente a Dios nuestras plegarias para que con el auxilio poderoso de su gracia, quiera secundar benignamente nuestros más vivos deseos, y hacer con su ayuda que las conmemoraciones de este año acrecienten cada vez más la devoción de los fieles al Sagrado Corazón de Jesús, Y SE EXTIENDA DE ESTE MODO POR TODO EL MUNDO SU IMPERIO Y SU REINO SUAVISIMO: REINO DE VERDAD Y DE VIDA, REINO DE SANTIDAD Y DE GRACIA, REINO DE JUSTICIA, DE AMOR Y DE PAZ».

Es, pues, clarísimo el pensamiento del Papa: la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, cuando se la entiende bien y se practica con fervor, es el gran medio para llegar al Reino de Cristo, y para que este Reino se extienda por todo el mundo; es decir en las almas primero, y después en las familias y en las sociedades. La extensión del Reino de Cristo es el resultado lógico, la finalidad dichosísima de la verdadera devoción al Corazón Santísimo de Nuestro Redentor. ¿Se podría haber consagrado de manera más explícita y solemne el lema y la aspiración suprema de la Revista CRISTIANDAD: «Al Reino de Cristo por la devoción a los Sagrados Corazones de Jesús y María», ya que el Papa nos las presenta y recomienda indisolublemente unidas, como lo han estado siempre ambos Corazones?

Pero ¿cuál es el nexo lógico que une la devoción al Sagrado Corazón de Cristo con la extensión de su Reino, para que se pueda afirmar que aquella devoción es el gran medio para este Reino, y que la extensión de él es el resultado y como consecuencia de aquella devoción?

Nós lo dice el mismo Sumo Pontífice en uno de los pasajes más excelentes y luminosos de su Encíclica, en el que hacia el final de ella, y antes inmediatamente de exhortarnos a que demos también culto al Corazón Inmaculado de María para que la devoción al Corazón de Jesús produzca más copiosos frutos, nos habla así:

Finalmente, deseando con todo empeño oponer una firme barrera a las impías maquinaciones de los enemigos de Dios y de la Iglesia, como también hacer volver las familias y las naciones al amor de Dios y del prójimo, NO DUDAMOS EN PROPONER LA DEVOCION AL SAGRADO CORAZON DE JESUS COMO LA ESCUELA MAS EFICAZ DE LA CARIDAD DIVINA; de esa caridad divina sobre la cual es necesario que se cimente el Reino de Dios en el alma de cada individuo, en los hogares y en las naciones, según lo enseñó sabiamente nuestro mismo predecesor (León XIII) de piadosa memoria, con estas palabras: «El Reino de Cristo recibe su fuerza y su estructura de la caridad divina, ya que SU FUNDAMENTO y SU SINTESIS CONSISTE EN AMAR SANTA Y ORDENADAMENTE; de aquí fluye espontáneamente todo lo demás: el cumplimiento fiel de las obligaciones, el no perjudicar en nada los derechos ajenos, el estimar las cosas humanas como inferiores a las celestiales, y el anteponer el amor de Dios a todas las cosas (Enc. «Tametsi futura», 1900)».

Así que el raciocinio de Pío XII en su Encíclica «Haurietis aquas» no puede ser ni más claro ni más concluyente. Se puede expresar resumidamente en esta forma: 1.º El objeto de nuestro culto al Sagrado Corazón de Jesús es **todo el amor** del Divino Redentor a los hombres; el amor humano, no sólo el sensible, sino también el racional; y el amor divino, el del Verbo, que es amor común a las otras dos Divinas Personas, el Padre y el Espíritu Santo; y toda esta inefable caridad, la de la Trinidad Augustísima la de la Sagrada Humanidad de Cristo, expresada en el símbolo y manifestación del Corazón Sagrado de Jesús; 2.º A este amor de caridad con que hemos sido amados, hemos de corresponder nosotros con un amor que sea retorno e imitación del amor con que nos ama la Trinidad Santísima y el Verbo de Dios hecho

Hombre; y nuestra devoción al Sagrado Corazón de Jesús no es otra cosa que el ejercicio de ese amor de retorno o correspondencia, y de imitación en la entrega a la Voluntad del Señor, hasta hacernos un mismo espíritu con Dios por la unión de nuestra voluntad con la divina; 3.º Por lo mismo la devoción al Corazón de Jesús es la escuela más eficaz de la caridad divina, con la que amamos a Dios por El mismo, y al prójimo por Dios; 4.º Esta caridad divina en nosotros es la que da fuerza y estructura al Reino de Cristo, ya que el fundamento y la síntesis de este Reino es amar santa y ordenadamente. Por consiguiente nuestra devoción al Corazón de Cristo nos lleva suave y eficazmente, como ninguna otra cosa, a promover en nosotros y a difundir y extender en los demás el Reino de Cristo.

Toda esta doctrina acerca de la íntima relación entre nuestra devoción al Corazón Divino y el Reino de Cristo, relación de medio excelente y preeminente a fin, relación de preparación la más eficaz a resultado el más excelso, contribuirá en adelante a dar nueva y esplendorosa luz a la Fiesta de Cristo Rey, el cual lo es por el amor divino y humano de su Corazón, y ha establecido su Reino fundándolo y sintetizándolo en el orden del amor santo con que le correspondemos a El. Después de la Encíclica «Haurietis aquas» podemos celebrar la Fiesta de Cristo Rey con más conocimiento de El y de su Reinado, con las mejores disposiciones si fomentamos en nosotros y en los demás la devoción al Corazón de Jesús como el Papa nos la ha enseñado, y con más copiosos y perennes frutos al ver que logramos llegar por la devoción al Corazón de Cristo a la extensión del Reino de Cristo.

Esta admirable doctrina, y en especial lo que Pío XII nos enseña con León XIII de que «el Reino de Cristo recibe su fuerza y su estructura de la caridad divina, ya que su fundamento y su síntesis consiste en amar santa y ordenadamente; y que de aquí fluye espontáneamente todo lo demás...», no es nueva en la Iglesia; es la tradicional, es la de todos los siglos cristianos. Baste para probarlo, un testimonio, el del Doctor Exímio de la Iglesia, San Agustín. Extendamos nuestras alas para seguir en su vuelo al Aguila de Hipona.

En el capítulo 22 del Libro XV de su inmortal obra «De Civitate Dei», expone San Agustín uno de los hechos más trascendentales en la historia de la Ciudad de Dios en su relación con la Ciudad terrena: el haberse entremezclado y confundido funestamente ambas Ciudades en los tiempos anteriores al Diluvio. Veamos, resumidamente, cómo lo expone el gran Doctor.

Vivía y crecía en tranquila y fecunda paz la Ciudad de Dios, formada por los descendientes de Seth, a los que la Sagrada Escritura llama con hermosa y muy propia apelación «los hijos de Dios». Y vivía también, y crecía, pero precipitándose cada vez más en los más nefandos vicios, la Ciudad terrena, formada por los descendientes de Caín, a los que llama el Texto Sagrado con nombre muy adecuado «los hijos de los hombres». Una y otra ciudad vivía sin confundirse; y no es que los descendientes de Seth y los de Caín viviesen en poblados diversos y distantes; sino que habitando las mismas poblaciones, seguían «los hijos de Dios» su santo camino, adorando al único verdadero Dios, conservando fielmente la Revelación primitiva, y sin contagiarse con los pensamientos y las costumbres de «los hijos de los hombres».

La garantía más segura y la salvaguarda más sólida de esta separación moral entre ambas Ciudades era la norma invariable de no contraer matrimonio los descendientes de Seth con los de Caín. Se casaban tan sólo hijos de Dios con hijas de Dios, e hijos de los hombres con hijas de los hombres. ¡Lección admirable de inmunidad moral para todos los tiempos! Y también ¡lección terrible con lo que desgraciadamente sucedió entonces! Porque así como la perdición de toda la familia humana provino de la primera mujer, que se dejó seducir por Lucifer, oculto bajo la figura de una serpiente, de parecido modo las hijas de los hombres sedujeron a muchos hijos de Dios; y éstos se dejaron seducir por ellas. Lo dice el texto sagrado con esta lacónica y expresiva frase: «Viendo los hijos de Dios que las hijas de los hombres eran bellas, se procuraron esposas de entre todas las que más les placieron» (Gen., 6, 2). Y éste fué el comienzo de todos los males en la Ciudad de Dios.

Oigamos a San Agustín: «Este mal tuvo su origen en el sexo femenino; mas no de aquella forma del principio (es decir, en el Paraíso); pues no fué por engaño de nadie cómo aquellas mujeres

persuadieron la unión matrimonial a aquellos varones; sino que las jóvenes que eran de malas costumbres, y vivían en la terrena Ciudad, esto es, en la sociedad de los que viven terrenamente, fueron amadas por los hijos de Dios, es decir por los ciudadanos de la otra Ciudad, la que va en peregrinación hacia la eterna del cielo. Y esto fué por la hermosura corporal; la cual es un bien, y ciertamente don de Dios; pero lo da El también a los malos para que no parezca un bien grande a los buenos. Abandonando, pues, aquellos varones el bien grande, propio y exclusivo de los buenos, resbalaron hasta caer en el bien mínimo, que no es propio de los buenos, sino común a buenos y malos. Y así los hijos de Dios fueron cautivados por el amor de las hijas de los hombres; y para disfrutar de ellas como de esposas, se contagiaron con las costumbres de la sociedad terrestre, dejando la piedad que conservaban antes en la sociedad santa. De esta manera la hermosura del cuerpo, bien ciertamente hecho por Dios, pero bien temporal, carnal, ínfimo, fué malamente amado, al ser pospuesto Dios, eterno, interno, sempiterno Bien; que así como abandonada la justicia, es amado el oro por los avaros, no con pecado alguno del mismo oro, sino del hombre, así sucedió entonces. Y de este modo procede toda criatura, la cual siendo buena en sí, puede ser amada bien o mal; bien, digo, si se observa el orden; mal, si el orden es perturbado. El Criador ciertamente si es amado de veras, es decir si El mismo, no otra cosa en vez de El, que no sea El, es amado, no puede ser mal amado. Y esto porque el mismo amor ha de ser amado ordenadamente, con lo cual se ama bien lo que se debe amar, para que de esta manera haya en nosotros la virtud con la que la vida es moralmente buena. De donde a mí me parece que la definición breve y verdadera de la virtud es ésta: «Ordo est amoris»; la virtud es el orden del amor. Por lo cual en el santo Cantar de los Cantares canta la Esposa de Cristo, la Ciudad de Dios, a su Esposo Cristo: «Ordinavit in me caritatem» (Cant. 2, 8). Perturbado, pues, el orden de esta caridad, es decir, de la dilección, del amor, despreciaron a Dios los hijos de Dios, y amaron a las hijas de los hombres.»

Larga ha sido la cita, pero enteramente a propósito para nuestro caso. Y más si tenemos en cuenta lo que el mismo San Agustín nos enseña antes de este pasaje en los capítulos 12 al 14 del Libro XIV de la misma obra, cuando nos dice que si bien la humildad es la raíz de todo bien y de toda virtud, como la soberbia es el principio y raíz de todo mal, de todo pecado, hay que notar que la raíz de la humildad da su precioso fruto porque se nutre con el agua saludable del orden en el amor, el amor ordenado, mientras que la raíz de la soberbia da su fruto nefasto porque se nutre del agua infecta y venenosa del desorden en el amor, el amor desordenado.

Y realmente, como enseña el mismo Santo Doctor, cuando soberbiamente quebrantamos la voluntad de Dios, haciendo lo que El nos prohíbe, o no haciendo lo que nos manda, es porque antes hemos antepuesto nuestro propio amor al de Dios, complaciéndonos en hacer nuestra propia voluntad, aun en contra de la de Dios; y, viceversa, cuando nos sometemos humildemente a la divina voluntad, haciendo lo que nos manda y evitando lo que nos prohíbe, es porque ya antes hemos antepuesto el amor de Dios al nuestro, complaciéndonos en hacer la santísima voluntad divina, norma de toda rectitud virtuosa.

Por esto mismo pudo concluir San Agustín estas enseñanzas con aquella expresión genial: «Dos amores hicieron dos Ciudades: es decir, el amor propio hasta el desprecio de Dios hizo la Ciudad terrena; y el amor de Dios hasta el desprecio propio hizo la Ciudad celeste» (De Civ. Dei, I. XIV, c. 28).

Esta Ciudad celeste no es otra que el Reino de Cristo; y El su Rey divino y humano, Rey por su Corazón. Y por lo tanto al estar fundado el Reino de Cristo en el orden del amor, y siendo este amor santo y ordenado la síntesis de lo que podemos llamar su «Constitución orgánica», bien podemos decir con el Papa Pío XII que la verdadera devoción al Sagrado Corazón de Jesús, al ser la más eficaz Escuela de este amor santo y ordenado, es el mejor medio, la más excelente preparación para que perteneciendo cada uno de nosotros dignamente al Reino de Cristo, con el alma puesta en el santísimo y ordenadísimo amor del Corazón de El, y ardiendo nuestro corazón en un amor que sea retorno e imitación del de El, nos esforcemos también en extender su Reinado, y para ello en propagar la genuina devoción a su Sagrado Corazón.

Será la mejor manera de celebrar la Fiesta de Cristo Rey, a la luz de la Encíclica «Haurietis aquas».

Roberto Cayuela, S. I.

A Dios gracias, para esperar firmemente en un mejor porvenir, no necesitamos hacernos ilusiones sobre los males presentes ni entregarnos en brazos de lo que Donoso Cortés llamaba el "fatalismo de la misericordia". Reconocemos, con este ilustre escritor, que la sociedad moderna lleva en su seno bastantes elementos de disolución para que no temamos por su existencia, que el mal prevalece en ella sobre el bien, así por el número como por la audacia y actividad de sus secuaces, y que "naturalmente" debe alcanzar la victoria.

Mas añadiremos también con dicho escritor que si el mal triunfó siempre del bien por medio de las causas naturales, este último siempre venció al primero merced a la intervención divina; y confiamos que sucederá lo propio al final de la crisis por que está pasando la sociedad cristiana hace trescientos años.

LA SOBERANIA SOCIAL DE JESUCRISTO

Por el P. ENRIQUE RAMIERE, S. I.

A los esfuerzos sobrehumanos de nuestros adversarios para hacer irreparable la revolución que ha destronado a nuestro divino Rey, opongamos esfuerzos igualmente enérgicos para volver a levantar su trono

Tenemos, pues, igual derecho a invocar en favor de nuestra tesis la autoridad de los jefes de las dos escuelas que, para resolver el problema de los futuros destinos de la Iglesia y de la humanidad, sostienen las más contrarias opiniones. Al frente de estas escuelas se hallan dos hombres dotados, si bien que en diverso grado, de una penetración de genio casi profética: el uno es José de Maistre; el otro Donoso Cortés. Opuestos al parecer en las consecuencias que sacan de los principios que establecen, estos dos ilustres defensores de la Iglesia no lo son en modo alguno respecto de estos principios; y su aparente oposición es debida únicamente a la diferencia de los puntos de vista.

Cuando el publicista español medita acerca del porvenir de la sociedad moderna, fija sobre todo sus miradas en la obra del hombre, y bajo sus brillantes apariencias descubre en ella la irremediable caducidad: "He visto, dice, dos edificios gigantescos, dos torres babilónicas, dos civilizaciones espléndidas, llevadas hasta el más alto grado de la sabiduría humana: la primera cayó al sonido de las trompetas apostólicas, la segunda va a derrumbarse al sonido de las trompetas socialistas. En presencia de este horrible espectáculo me pregunto aterrizado si la sabiduría humana no es más que vanidad y aflicción de ánimo. No ignoro que existen hombres de un optimismo invencible para quienes es un hecho evidente que no caerá la sociedad, porque todavía no ha caído; y a los ojos de quienes la nube, en vez de aumentar, va disipándose por los aires. Para ellos la revolución de febrero fué el castigo, y lo que ahora viene es la misericordia. Los que vivirán verán, y los que verán quedarán espantados al reconocer que la revolución de febrero tan sólo fué una amenaza y que lo que ahora se acerca es el castigo" (1).

Hartos motivos tenemos para creer en la realidad de estos tristes pronósticos. La crisis de febrero de 1848 dista mucho de haber mostrado todos los gérmenes de muerte que nuestras sociedades sin Dios ocultan bajo su aparente esplendor; y la reacción que ha seguido a esta crisis no ha logrado en manera alguna ahogar todos estos gérmenes. La enfermedad social desde entonces se ha agravado considerablemente en las almas; y parece imposible que, tarde o temprano, deje de manifestarse en los hechos.

Donoso Cortés tiene muchísima razón en combatir a los ciegos optimistas que fundan su esperanza en el engañoso brillo que cubre la superficie de la sociedad, al propio tiempo que devoran sus entrañas el exceso del lujo y del egoísmo. Sí, ese nuevo paganismo está condenado a muerte y su muerte será más vergonzosa y más

horrible que la del paganismo antiguo, porque es mil veces más culpable en su rebelión contra la verdad, y más inexcusable en su vergonzoso sensualismo.

Sobre este punto, estamos de ello persuadidos, de Maistre abrigaría la misma convicción que Donoso Cortés. Nunca creyó que la Revolución terminara en 1814; y en cambio abrigó la convicción de que estaba destinada a trastornar completamente el edificio que los hombres pretendieron levantar sin el auxilio de Dios.

Y, no obstante, de Maistre creyó siempre en un triunfo magnífico para la Iglesia de Jesucristo, como resultado de la crisis terrible por que pasa la sociedad moderna. Es que en el seno de ese caos producido por los errores y las pasiones del hombre veía la acción del Espíritu creador. No se le ocultaba que nuestra sociedad occidental había merecido, mucho más que la oriental, el ser rechazada por Dios y entregada a la obcecación del cisma o a la tiranía de algún nuevo Mahoma. Pero en medio de esta Europa tan culpable veía lo que jamás poseyó el Oriente, el manantial inagotable de la vida divina; la santa Iglesia romana, siempre fecunda, al paso que todo, fuera de ella, está condenado a la esterilidad; siempre joven, mientras que todas las instituciones políticas actuales muéstranse ya caducas desde su nacimiento. Veía al divino Esposo de la Iglesia renovar, para la gloria de su muy amada Esposa, las maravillas de los primeros tiempos, enviándole santos pontífices, doctores inspirados, apóstoles, mártires y taumaturgos. Veía el nuevo florecimiento de los institutos religiosos en medio de las ruinas de las antiguas órdenes; y renacer la vida más vigorosa y más potente en este suelo que había trocado en un desierto la barbarie revolucionaria.

Los ojos del hombre de fe abrazaban un horizonte más vasto todavía. Seguía en el curso de los siglos el trabajo de la Providencia, constantemente ocupada en preparar el reino de Jesucristo, y en constituir la gran unidad que debe formar de la tierra un solo rebaño, sujeto a la dirección de un solo pastor. Este trabajo de aproximación, cuyo plan habían trazado las conquistas del imperio romano y que las expediciones de los navegantes van perfeccionando incesantemente de tres siglos acá, lo presentaba de Maistre en su completo desarrollo, merced a los descubrimientos de la ciencia moderna, en la persuasión de que así los sabios modernos, como los navegantes del Renacimiento, y los conquistadores romanos, fueron y son los instrumentos de que se sirve la Providencia para preparar la gran obra a cuyo éxito Dios subordina todos los acontecimientos humanos: el triunfo de la Iglesia.

De Maistre no conocía ni las maravillas del vapor, ni las de la electricidad; pero se había hecho cargo, por una especie de intuición, de la fusión material de los

(1) Carta a los redactores del País y del Heraldo, 16 de julio de 1849, Obras de Donoso Cortés, t. 1, pág. 357.

pueblos gracias a la cual estos dos poderosos motores tanto han facilitado su fusión moral. Ya en su tiempo veía operarse esta fusión por medio de las revoluciones políticas y el conocimiento muy extendido de los diversos idiomas: "Añadid, decía a su interlocutor de San Petersburgo, añadid que los más largos viajes han dejado de asustar la imaginación; que todos los grandes navegantes son europeos; que el Oriente entero cede manifiestamente al ascendiente de Europa; que la Media luna, oprimida por sus dos extremos, esto es, por Constantinopla y Delhi, debe necesariamente romperse por su centro; que los acontecimientos han dado a Inglaterra cuatrocientas leguas de fronteras en el Tibet y la China, y podréis formaros una idea de lo que se prepara. El hombre, en su ignorancia, engañase muchas veces respecto del fin y de los medios, de sus fuerzas y de su resistencia, de los instrumentos y de sus obstáculos. Unas veces quiere hender una encina con un cuchillo, otras lanza una bomba para quebrar una caña; pero la Providencia va recta a su fin y no en vano agita el mundo. Todo anuncia que marchamos hacia una gran unidad, a la cual valiéndome de una expresión religiosa hemos de saludar de lejos. Nos hallamos dolorosa pero muy justamente pulverizados; mas si unos ojos tan miserables como los míos son dignos de entrever los secretos divinos, creo que esta pulverización tiene por objeto facilitar la aleación" (2).

¿Este modo de ver tan animoso, es en realidad opuesto al de Donoso Cortés? No; es únicamente distinto y quizás más completo, al menos en su expresión. Todos los signos del fin del antiguo mundo que llaman la atención de Donoso Cortés, de Maistre los ve como él; pero éste ve además los signos de la creación de un mundo nuevo. Empleando una de sus expresiones, ve, como el publicista español, a la Providencia ocupada en *borrar* la página que la razón humana, sublevada contra la fe, se ha ocupado en escribir por espacio de tres siglos; pero la ve al propio tiempo dispuesta para escribir sus propias obras en esta página anulada. En estos gérmenes de vida que la mano de Dios arroja con tanta prodigalidad en el seno del caos, reconoce el gran filósofo las prendas de la óptima cosecha que se prepara, y al vislumbrar al Espíritu creador que se cierne, como en los primeros tiempos, sobre las turbias aguas, repite con la Iglesia estas consoladoras palabras del Salmista: "Enviaréis a vuestro Espíritu, y se hará una nueva creación y renovaréis la faz de la tierra".

Nosotros participamos de estas esperanzas y las consideramos tan sólidamente fundadas como pueden estarlo semejantes previsiones, no en la necesidad de las cosas, sino en el estudio de las miras de la Providencia en lo pasado y de su acción en el presente.

Nos inclinamos, pues, con profunda convicción, del lado de la esperanza, sin ocultarnos no obstante ninguno de los motivos, desgraciadamente harto reales, en que se apoya la escuela de la desesperación. Con ella, y tanto como ella, desconfiamos de los hombres; pero esperamos más que ella de la misericordia de Dios, siquiera sea por la existencia terrestre de la Iglesia.

II

Y no se limita aquí nuestro acuerdo con los ilustres maestros de quienes nos gloriamos ser humildes discípulos. Hemos querido, con este libro, ir hasta el fondo de esta situación social, tan compleja y tan enmarañada, que inspira a unos tanta tristeza y a otros tanta esperanza. Hemos tratado de indagar la última razón del temor de los primeros y de la confianza de los segundos, y si no nos ciega la ilusión, nos creemos autorizados para poder

(2) *Veladas de San Petersburgo*, fin de la segunda conferencia.



P. Ramière

decir que hemos hallado y demostrado la última razón de los males que amenazan a la sociedad moderna y de los bienes que le están reservados.

Su males, sus agitaciones, su incurable caducidad, nacen de la loca y criminal pretensión que ha concebido de poder substraerse a la soberanía de Dios y constituirse fuera de Jesucristo. Esta pretensión es la que mata a la sociedad moderna; y mientras no la repudie completa e irrevocablemente, en vano intentará librarse de la muerte. Todos los que llamará para reparar sus ruinas, sólo levantarán muros sin argamasa, según la expresión del Profeta, y sus construcciones se derrumbarán al primer soplido de la próxima tempestad. Todos sus progresos serán vanos engaños, todas sus invenciones tan sólo servirán para agravar sus desórdenes, estimulando su egoísmo. En vano será que uno y otro día llame a la paz; la paz no vendrá. Proclamarán la libertad y su esclavitud irá en aumento, mientras no restablezca en su trono y no hasta que se establezca de nuevo sobre el fundamento que le puso la misma mano de Dios, al único verdadero libertador y al único verdadero pacificador.

Entonces y sólo entonces comenzará la nueva era. Entonces el mundo nuevo será creado. Entonces el Evangelio, aceptado como regla de las relaciones sociales, al propio tiempo que de las individuales, permitirá conservar la paz sin agotar los recursos en ruinosos armamentos, y mantener los derechos sin oprimir la libertad. Entonces la sociedad, instruída por la dura, pero saludable enseñanza de la experiencia, iluminada por las mismas tinieblas que han amontonado tres siglos de estériles discusiones, comprenderá mejor la suavidad del yugo que le impone la autoridad divina, y rendirá a Jesucristo y a su Iglesia un tributo más libre que el del temor y más durable que el de una ignorante sencillez.

Pero ¿con qué condiciones la sociedad reportará de la dolorosa crisis que atraviesa este fruto tan precioso para ella y tan glorioso para la verdad? ¿Cómo es de esperar que llegue a abrazar una convicción diametralmente opuesta a todas sus tendencias presentes y a la enseñanza que recibe, de todos sus doctores, hace un siglo?

Sólo podemos esperar este cambio de una reacción, y se comprenderá que al valernos de esta palabra no entendemos decir una reacción política, que cambiaría únicamente la superficie de la sociedad, sino una reacción moral y social y sobre todo religiosa.

Esta reacción se verificará, todo nos induce a creerlo

así. El desorden ha llegado a su más alto grado, ya en el orden de las doctrinas, ya en el de los hechos; las almas están sobrado enfermas, los mismos intereses materiales se hallan demasiado inquietos para poder tolerar por más tiempo semejante estado de cosas.

Pero si la reacción es casi cierta, desgraciadamente no es igualmente cierto que sea completa y definitiva. No puede serlo mientras la sociedad no arranque de su seno la raíz más profunda de los males que la atormentan; y no podrá, de seguro, extirpar, cuando llegue la reacción, esta raíz funesta, si de antemano no se le muestra con toda claridad y precisión.

A los defensores de la verdad corresponde prestar a la sociedad este doloroso servicio, y darle a conocer, aun durante sus más violentos arrebatos, la causa del mal que padece y el único remedio que puede curarla.

Si queremos contribuir a su salvación, sólo así podremos lograrlo; pero es preciso armarnos de valor, porque no hay deber más difícil de llenar que éste. Necesario es combatir las preocupaciones más arraigadas y las tendencias más violentas de la sociedad moderna, presentarle, como condición única de salvación, lo que es objeto de su soberana repugnancia; repetirle que está enferma, cuando se obstina en creer que goza de cabal salud, e inculcarle que no hallará la fuerza, la estabilidad, el verdadero progreso, sino abrazando otra vez los eternos principios que se ha hecho una gloria en repudiar.

¡Cuán penosa es semejante misión! ¡Cuánto más grato sería ocultar a esta sociedad doliente la llaga que la corroe, halagar sus preocupaciones y trazarle un evangelio a su gusto, velando todos los aspectos desagradables del verdadero Evangelio, y abultando los pasajes que más armonía guardan con las ideas modernas! Adoptando esta táctica, estaríamos seguros de obtener un buen éxito, y los aplausos de nuestros contemporáneos serían compensación sobrada a nuestra aquiescencia.

Mas si, por el contrario, queremos acatar la verdad, debemos resignarnos a ver nuestro acatamiento recibido como lo fué el de los antiguos profetas por los reyes de Israel, el del mismo Jesucristo por el pueblo judío y el de los apóstoles por el mundo romano.

No importa; este homenaje tan ingrato y tan mal recompensado en la tierra, la verdad lo obtendrá de nosotros; y como todos esos testimonios de otras edades, contribuiremos, en la medida de nuestra sinceridad, a salvar el mundo que nos rechaza. Mientras dominen las tinieblas, nuestra voz parecerá perderse en el desierto; y los grandes principios que proclamamos no parecerán hacer ninguna impresión en las almas. Preciso será contentarnos con el triste beneficio de impedir la prescripción del error con nuestras impotentes protestas en favor de la verdad. Todos los ojos parecerán cerrarse a la luz que haremos brillar; pero, llegará por fin la hora del desencanto y entonces aparecerá el fruto de este trabajo en apariencia completamente estéril. La experiencia, al demostrar el peligro de los errores que habremos combatido, obligará a los hombres a abrazar las verdades que por tanto tiempo se habían desoído. La reacción entonces podrá ser completa, y la era de las revoluciones podrá cerrarse, al menos por algunos siglos.

¿Y por qué no ha acontecido esto antes?

En el decurso de un siglo la Francia ha pasado por varias reacciones poderosas después de cada una de las sacudidas que han conmovido hasta sus cimientos el orden social, ha podido creerse que el edificio quedaba definitivamente reconstituido, y no obstante han bastado pocos años para que nuevas convulsiones lo derribaran otra vez.

¿A qué se debe esto?

A que antes de la crisis los defensores del orden, temiendo hacer una obra inútil, habían descuidado dar a

conocer las verdaderas causas del desorden. Contentábanse con reivindicar a medias los derechos de Jesucristo y de su Iglesia, y les parecía tan difícil alcanzar aún lo poco que pedían, que habrían considerado una imprudencia pedir más. Llegada la hora de la reacción, obteníase lo que por mucho tiempo se había solicitado sin esperanza; pero ¿cómo se hubiera obtenido lo que ni siquiera nadie se había atrevido a pedir? Restablecida la sociedad sobre principios incompletos, únicamente reconquistaba una semiestabilidad, sin poder recobrar el perfecto equilibrio que tan sólo puede resultar de la plena restauración de las leyes morales.

Tiempo es ya de aprovecharnos de nuestra experiencia y acabar con estos artificios tan funestos a la sociedad como a la Iglesia. El Vicario de Jesucristo nos ofrece un ejemplo que todos los verdaderos católicos están en el deber de imitar. Sin dejarse amedrentar por las amenazas de los poderosos, por las advertencias de los falsos sabios y por los recelos de los pusilánimes, proclama la verdad por entero, y cuanto más levanta la voz del error, cuanto más se enfurece la indiferencia, tanto más poderosa y expresiva es la voz del gran testigo. Y he aquí, que aun antes del fin de la crisis se empieza a comprender que este valor, tan temerario en apariencia, es el efecto de una prudencia divina, y que rechazando todas las indignas concesiones, el sucesor de San Pedro ha contribuido mucho mejor a su seguridad de lo que hubiera hecho con las más indignas complacencias.

Imitemos su intrepidez y participaremos de su triunfo. Quizás este triunfo no lo veremos nosotros con nuestros ojos en esta tierra; pero ¿qué importa? ¿Acaso no debemos darnos por muy satisfechos habiendo cooperado a él? Si, como lo confiamos, Jesucristo debe reinar un día en la sociedad humana, libre y amorosamente, sometida a sus leyes, nos cabrá un gran contento con poder decir que sacrificando nuestra popularidad y despreciando la ira de la opinión, pudimos contribuir, en la medida de nuestras fuerzas, a facilitar el establecimiento de este terrestre reino del Hombre-Dios; a procurar a la Iglesia esta gloria y a la sociedad humana esta felicidad...

III

Pero importa mucho que conozcamos toda la extensión de nuestro propósito: si queremos cooperar en la medida de nuestra influencia a la salvación de la sociedad y al triunfo de la Iglesia, no bastan palabras, son necesarias las obras.

Proclamar la verdad, ya es algo; pero es mucho mejor obrar bien.

Tenemos a nuestra disposición dos fuerzas divinas, cuyo ejercicio no debe estar separado, como no lo están en el mundo físico la acción de la luz y la del calor: la fuerza de la verdad y la fuerza del amor.

Estas dos fuerzas se auxilian y completan entre sí. La verdad ilumina y dirige la marcha del amor; pero muchas veces también el amor abre las sendas que conducen a la verdad y predispone a las almas para someterse a su blando yugo. Aquellos a quienes apartaríamos, si nos contentáramos con combatir sus errores, los atraeremos presentándonos dispuestos a auxiliar sus intereses. Un ojo enfermo experimenta repulsión ante el brillo de la luz; un corazón herido tan sólo apetece el bálsamo del amor. Amemos, pues, a los hombres de nuestro tiempo; amémoslos tanto como detestamos sus errores; probémosles con nuestras obras que el odio de sus errores no es en nuestro corazón sino una forma de la adhesión que nos anima por sus intereses.

De seguro esta demostración no será comprendida ni aceptada por todos. Existen almas completamente per-

LA PAZ DE CRISTO EN EL REINO DE CRISTO

La ley eterna de Dios, reflejada en la ley natural del espíritu humano, debe gobernar al hombre, alma y cuerpo; no sólo al hombre individual, sino también a la sociedad entera en la que el hombre vive. De ahí que es un funestísimo error —denunciado por el mismo augusto Pontífice en su radiomensaje para la «Jornada de la familia», de 23 de marzo de 1952— el de «muchos que quieren excluir el dominio de la ley moral de la vida pública, económica y social; de la acción de los poderes públicos en el interior y exterior, en la paz y en la guerra, como si Dios nada tuviese que decir aquí, al menos en forma definitiva»; y concluía Su Santidad en aquellas circunstancias: «Por ello, Nuestros Predecesores y Nós mismo, en el desbarajuste de la guerra y en las perturbadas coyunturas de la posguerra, no hemos cesado de insistir sobre el principio de que el orden querido por Dios abarca la vida entera, sin excluir la vida pública en todas sus manifestaciones, persuadidos de que en ello no hay ninguna restricción de la verdadera libertad humana ni intromisión alguna en la competencia del Estado, sino una seguridad contra errores y abusos, de los que la moral cristiana, rectamente aplicada, puede proteger».



La ley de Dios, por tanto, debe ser la norma suprema, fija, iluminadora de todas las actividades humanas. Debe regular la vida privada y pública, civil y económica, política y administrativa, así como la escuela y la oficina, la prensa y los espectáculos, la radio, el cine, la televisión, y todo otro medio de comunicación espiritual que, a través de los sentidos, suscite las más resueltas vibraciones del alma. Sin la ley de Dios presidiendo soberanamente todo, todas las cosas se vendrán abajo. La paz misma de los individuos, de las familias y de las naciones, sin el pacífico imperio de la ley, no será más que una irrealizable utopía, como muchas experiencias remotas y recientes confirman en abundancia.

De la Carta de Mon. Dell'Acqua, en nombre del Papa, al Rector de la Universidad de Milán, con motivo del XXIX Curso de Alta Cultura, sobre «El problema moral y la Italia contemporánea»

vertidas que nuestra caridad no hará más que endurecer, como el calor del sol endurece el barro; pero no todos los hombres fascinados por los errores de nuestro siglo, han llegado, a Dios gracias, a tal extremo y están más cautivadas por la ilusión que obstinadas en el error; todavía palpitan corazones sensibles al sacrificio, y accesibles a los más puros y nobles sentimientos; todavía existen almas en las cuales el germen divino más bien que extinguido está apagado. Estas almas son las que es preciso libertar, con la sinceridad y la energía de nuestro amor, de las ilusiones que las cautivan y de las apariencias del bien obrar que las mantienen extraviadas.

La doctrina que defendemos es indudablemente el origen de todos los sentimientos nobles, de todos los generosos sacrificios, de todas las afecciones santas, de todos los consuelos sólidos, de todas las esperanzas durables. Así, pues, tan sólo puede aborrecérsela cuando no se la conoce; y si se la desconoce, es porque no se muestra con el debido esplendor en la vida entera de los que tienen la dicha de ser sus discípulos y el honor de contarse en el número de sus apóstoles.

Esta doctrina es además para la sociedad el principio de todos los verdaderos progresos, de todas las instituciones útiles, de todas las inspiraciones sublimes, de todas las grandes empresas, de todas las libertades reales y sólidas. Y si a pesar de esto ha podido llegar a ser tan impopular, ha sido porque sus enemigos han logrado tergiversarla y presentarla a las sociedades modernas bajo falsos colores. Por tanto, nos toca a nosotros mostrarla bajo sus verdadero aspecto y tal como es; nos corresponde restituirle su influencia legítima, interviniendo nosotros y haciéndola intervenir con nosotros en todas las obras buenas y útiles.

¿Por qué hemos de tolerar que otros se nos adelanten en el cultivo de las ciencias y de las artes? ¿Por qué ha de serles dado a nuestros adversarios estar más al corriente que nosotros de las cuestiones económicas y sociales? ¿Por qué hemos de dejar a los que incesantemente conspiran para la perdición del pueblo, que se presenten como sus amigos y se ocupen más que nosotros en sus intereses? En fin, ¿por qué no hemos de emprender todas las carre-

ras honradas a fin de ponerlas a todas en contacto con la verdad que tenemos la dicha de traer con nosotros?

La soberanía social de Jesucristo debe extender su influencia sobre todas esas ramas de la actividad social, y esta influencia de seguro podrá prevalecer en un momento de feliz reacción, si de antemano ha sido debidamente preparada.

Jesucristo no puede reinar en la sociedad si no halla auxiliares que tomen con empeño la defensa de sus intereses y esparzan en torno suyo sus divinas influencias. Pero debemos confesarlo: si en casi todas las naciones de Europa su nombre ha sido borrado tan fácilmente, se debe a que por desgracia le han faltado estos auxiliares en el momento decisivo. Toda la actividad y toda la habilidad se ha mostrado de parte de sus enemigos; y sus amigos, incomparablemente más numerosos, no han sabido hacer otra cosa que soportar en silencio el destronamiento de su divino Soberano.

Salgamos de este estupor. No nos contentemos con ser buenos para nosotros mismos. A los esfuerzos sobrehumanos de nuestros adversarios para hacer irreparable la revolución que ha destronado a ese divino Rey, opongamos esfuerzos igualmente enérgicos para volver a levantar su trono; y aun cuando no alcancemos acá en la tierra ningún favorable resultado, perdido no por esto será nuestro trabajo, pues nuestra recompensa será mayor en la eternidad.

Mas ¿por qué no hemos de esperar, al menos respecto de un buen número de almas, un éxito parcial, que sea la preparación, siquiera remota, del triunfo completo de nuestra santa causa?

Trabajemos, pues, y si es necesario, sucumbamos en la demanda. La obra que está confiada a nuestros esfuerzos es por esencia la obra del Señor. «Cuanto más pródigos en nuestro trabajo seamos respecto de él, tanto más el divino Señor a quien servimos será divinamente pródigo en sus recompensas; sabiendo que nuestro trabajo no es vano». *Stabiles estote et immobiles, abundantes in opere Domini semper; scientes quod labor vester non est inanis in Domino* (1 ad Corith. XV, 58).

(La soberanía social de Jesucristo. Publicaciones CRISTIANIDAD, 1951)



LA REALEZA DE CRISTO

EN SENTIDO METAFÓRICO
Y PROPIO

Es antigua y universal costumbre llamar metafóricamente rey a Cristo, por la excelencia suma con que aventaja y sobresale entre todas las criaturas.

Pues así sucede, que se dice reinar en las mentes de los hombres, no tanto por su talento y vasta ciencia, cuanto por ser Él mismo la Verdad y ser menester que los hombres beban de Él la verdad y que sumisamente la acepten; asimismo en las voluntades de los hombres, porque en Él no sólo se da una perfectísima rectitud y sumisión de la voluntad humana a la santidad de la divina, sino también, con sus mociones e inspiraciones, sugiere a nuestra libre voluntad algo con que nos encendamos en deseos de las cosas más nobles. Es reconocido Cristo como *rey de los corazones por su caridad, que sobrepuja toda comprensión* (Eph., III, 19), por su mansedumbre y benignidad que atrae las almas: pues nadie ha sido amado jamás por la humanidad o será amado en adelante tanto como Cristo Jesús.

Empero, para entrar más de lleno en el asunto, todos ven que es menester que el nombre y poder de rey, por cierto en sentido propio, sea reivindicado para Cristo hombre; pues, no puede decirse que recibió del Padre *el poder, el honor y el reino* (Dan., VII, 13-14) sino en cuanto hombre, ya que es imposible que el Verbo de Dios, que tiene con el Padre la misma substancia, no tenga con el Padre todas las cosas comunes, y, por eso, la misma supremacía y absoluta soberanía sobre toda la creación.

PRUEBAS

¿No leemos a cada paso en las Sagradas Escrituras que Cristo es Rey? Pues se dice que Él es el dominador que nacerá de Jacob (Num., XXIV, 19), que ha sido constituido por el Padre rey sobre Sión su santo monte, y que recibirá las naciones en herencia y en posesión suya los confines de la tierra (Ps. II); y el himno nupcial con que, bajo la imagen y comparación de un rey riquísimo y sumamente poderoso, se celebraba al que iba a ser verdadero rey de Israel, contiene esta frase: *Tu trono, oh Dios, por los siglos de los siglos; cetro de rectitud es el cetro de tu reino* (Ps., XLIV, 7). Pasando por alto muchas cosas semejantes, en otro lugar, como para bosquejar más claramente los rasgos de Cristo, se precedía que los dones de la justicia y de la paz enriquecerían su reino, que no debía ser circunscrito por límites algunos: *Surgirá en sus días la justicia, y la abundancia de la paz... Y dominará de mar a mar y desde el río hasta los confines de la tierra* (Ps., LXXI). A éstos se añaden los oráculos todavía más abundantes de los profetas, y entre los primeros el divulgadísimo de Isaías: *Un parvulillo... nos ha nacido, y se nos ha dado un hijo, y el principado ha sido puesto sobre sus hombros; y será su nombre el Admirable, el Consejero, Dios, el Fuerte, el Padre del siglo venidero, el Príncipe de la paz. Su imperio será amplificado y su paz no tendrá fin: se sentará sobre el trono de David y poseerá su reino, para afianzarlo y robustecerlo con la justicia y equidad, des de ahora y para siempre* (Is., IX, 6-7) [...].

Por lo demás, la misma doctrina acerca de Cristo Rey, que hemos libado tal como se halla consignada en los libros del Antiguo Testamento, está tan lejos de desaparecer en las páginas del Nuevo, que, antes al contrario, magnífica y espléndidamente se confirma por el mismo. Y tratándose de esta materia, para no tocar más que de pasada el mensaje del Arcángel, por el que es intruída la

Virgen de que dará a luz un hijo, a quien entregará... el Señor Dios el trono de su padre David, y que reinará en la casa de Jacob eternamente y su reino no tendrá fin (Lc., I, 32-33), Cristo mismo da testimonio de su soberanía: pues, ora en su último discurso al pueblo habló de los premios o penas que recibirían para siempre los justos o reos respectivamente, ora asintió al Presidente romano, que oficialmente le preguntaba si era rey, ora, después que resucitó, confió a los Apóstoles el oficio de enseñar y bautizar a todas las gentes, y, siempre que se presentó ocasión oportuna, se dió el nombre de rey (Mt., XXV, 31-40) y confirmó sin rebozo que lo era (Io., XVIII, 37) y solemnemente manifestó que le había sido dado todo poder en el cielo y en la tierra (Mt., XXVIII, 18); con las cuales palabras, a la verdad, ¿qué otra cosa se significa sino la grandeza de su poder, y la inmensidad sin límites de su reino? ¿Acaso, pues, hay que admirarse de que, el llamado por San Juan *príncipe de los reyes de la tierra* (Apoc., I, 5), *tenga escrito en su vestido y en su muslo: Rey de los reyes y Señor de los que dominan* (Apoc., XIX, 16), como apareció al apóstol en la famosa visión de los tiempos por venir? Pues el Padre *constituyó a Cristo heredero universal* (Hebr., I, 1); y es menester que Él reine, hasta que, al fin del mundo, ponga todos sus enemigos bajo los pies de Dios y del Padre (I Cor., XV, 25).

De la cual doctrina común a los Libros sagrados fué conveniente en verdad que se siguiese que la Iglesia Católica, reino de Cristo en el mundo, y que se ha de extender a todos los hombres y a todas las tierras, unánimemente saludase con múltiple manifestación de respeto durante el ciclo litúrgico, a su Autor y Fundador, como Rey y Señor y como Rey de los reyes. Cierto que esas muestras de honor que, con su maravillosa variedad de palabras, significan una sola cosa, las empleó en la antigua salmodia y en los antiguos Sacramentarios, como las emplea actualmente en la cotidiana presentación de oraciones públicas a la divina majestad y en la inmolación de la hostia inmaculada; y, en esta perpetua alabanza de Cristo Rey, fácilmente se echa de ver la hermosísima armonía de nuestros ritos y de los orientales, de suerte que también en esto vale el dicho: *la ley de orar establece la ley de creer*.

FUNDAMENTO

Y en qué fundamento se asiente esta dignidad y poder de nuestro Señor, bien lo notó San Cirilo Alejandrino: *Tiene el dominio de todas las criaturas, para decirlo en una palabra, no arrancado a la fuerza, ni traído de fuera, sino por su esencia y naturaleza* (In. Luc., X); es decir, su principado se apoya en la admirable unión que llaman hipostática. De donde se sigue no sólo que Cristo ha de ser adorado como Dios por los ángeles y por los hombres, sino también el que los ángeles y los hombres obedezcan y estén sujetos a su imperio en cuanto Hombre: esto es que, aun en virtud sola de la unión hipostática, Cristo tiene poder sobre todas las criaturas. Y, en verdad, ¿qué cosa más grata y dulce podríamos pensar que el que Cristo nos mandase no sólo con derecho natural, sino también adquirido, esto es, de redención? Pues ¡ojalá recuerden todos los olvidadizos cuán costosos fuimos a nuestro Salvador! *Fuisteis redimidos no con oro o plata corruptibles..., sino con la preciosa sangre de Cristo, como de un cordero inmaculado e incontaminado* (I Petr., I, 18-19). Ya no somos nuestros, como quiera que Cristo nos compró a gran precio (I Cor., VI, 20); nuestros mismos cuerpos son miembros de Cristo (Ibid., 15).

PIO XI. Encíclica *Quas Primas*

ES NECESARIO QUE JESUCRISTO REINE

La Consagración

Entre las cosas que propiamente pertenecen al culto del Sacratísimo Corazón, sobresale la piadosa y memorable consagración, con la que, atribuyendo al eterno amor de la Divinidad nuestras personas y todas nuestras cosas, las dedicamos al Divino Corazón de Jesús. Y habiendo manifestado Nuestro Salvador, no tanto movido por su derecho cuanto por su inmensa caridad hacia nosotros, a su inocentísima discípula Margarita María cuánto ansiaba que se le tributase por los hombres semejante devoto obsequio, fué ella la primera de todas que, con su maestro espiritual Claudio de la Colombière, se lo tributó; siguieron, andando el tiempo, los particulares, luego privadas familias y asociaciones, finalmente aun los mismos magistrados, ciudades y reinos. Y puesto que, en los pasados tiempos y aun en los mismos nuestros, por intrigas de los impíos se ha llegado a rehusar el imperio de Cristo Nuestro Señor y a mover oficialmente guerra a la Iglesia, dando leyes y promoviendo plebiscitos contrarios al derecho divino y natural, y aun celebrando asambleas de los que clamaban *No queremos que éste reine sobre nosotros* (*Lc.*, XIX, 14); en verdad, de la consagración, que hemos dicho, como que brotaba con ímpetu una sola frase de todos los devotos del Sacratísimo Corazón y se oponía vehementísimamente para vengar su gloria y afirmar sus derechos: *Es menester que Cristo reine* (*I Cor.*, XV, 25); *Venga tu reino*. Por lo cual el género humano entero, que Cristo, único en que se recapitulan todas las cosas (*Eph.*, I, 10), posee como suyo por derecho natural, fué por fin, con aplauso de todo el orbe, felizmente consagrado, al principio de este siglo, por Nuestro Predecesor de f. r. León XIII, al mismo Sacratísimo Corazón.

Mas Nós mismo, accediendo a los perseverantes y grandísimos deseos de Obispos y fieles, con la gracia de Dios, dimos impulso y realizamos cumplidamente estos tan faustos y gratos principios, como manifestamos en Nuestra Carta Encíclica *Quas Primas*, cuando, al fin del año expiatorio, instituímos la fiesta de Cristo Rey universal, para que fuese celebrada solemnemente en todo el mundo cristiano. Al hacer lo cual, no sólo pusimos de manifiesto el supremo poder que Cristo tiene sobre todas las cosas, sobre la sociedad civil y doméstica, sobre cada uno de los hombres, sino también saboreamos ya de antemano los goces del día soberanamente fausto en que el orbe entero obedecerá de todo corazón al suavísimo dominio de Cristo Rey. Por lo cual juntamente manifestamos entonces que, con ocasión del establecimiento de dicha fiesta, se renovase cada año esta misma consagración, para conseguir con más seguridad y abundancia el fruto de ella y para unir, con la cristiana caridad y paz, a todos los pueblos en el Corazón del Rey de reyes y Señor de los que dominan.

La Reparación

Mas conviene que, a todos estos obsequios, principalmente a tan fructífera consagración, como confirmada por la sagrada solemnidad de Cristo Rey, se añada otro, acerca del cual, Venerables Hermanos, Nos place entretenernos ahora con vosotros un poco más extensamente: el homenaje, decimos, de pública satisfacción o reparación, como llaman, que hay que tributar al Sacratísimo Corazón de Jesús. Pues, si lo primero y principal en la consagración consiste en que el amor de la criatura responda al amor del Creador, espontáneamente se sigue de ahí que deban compensarse las injurias de cualquier modo inferidas al mismo Amor increado, si alguna vez es éste menos-

preciado con el olvido, o injuriado con la ofensa: la cual obligación apellidamos vulgarmente reparación.

* * *

Pero si somos impelidos a entrambas cosas enteramente por las mismas razones, sin embargo estamos obligados a la reparación y expiación por cierto motivo más poderoso, de justicia y amor; de justicia, para que la injuria inferida a Dios por nuestros crímenes sea expiada, y el orden violado sea restablecido por la penitencia; de amor, para compadecernos con Cristo paciente y *saturado de oprobios* y ofrecerle algún consuelo en la medida de



De la Catedral de Burgos

nuestra poquedad. Pues, siendo como somos todos pecadores y cargados de muchas culpas, de nuestra parte no ha de ser honrado nuestro Dios sólo mediante un culto tal con que o adoremos su Majestad soberana tributándole los debidos homenajes, o reconozcamos orando su dominio supremo, o alabemos con acciones de gracias su infinita largueza, sino que además conviene que satisfagamos a Dios, justo vengador, *por los innumerables pecados y ofensas y negligencias* nuestras. A la consagración, pues, con que nos dedicamos a Él y somos apellidados sus consagrados, con la santidad y estabilidad que, como enseña el Angélico (2, 2, q. 81, a. 8, c.), es peculiar de la consagración, hay que añadir una expiación tal que con ella sean totalmente destruídos los pecados, para que la santidad de la suprema justicia no rechace nuestra desvergonzada indignidad y aparte con horror de su presencia nuestro presente más bien que lo reciba con gusto.

PIO XI. Encíclica *Miserentissimus Redemptor*

ACTUALIDAD DE LA IDEA DE CRISTO REY



Fué el día 11 de diciembre de 1925, en los últimos momentos del Año Santo, cuando por su Encíclica QUAS PRIMAS el Romano Pontífice Pío XI promulgó la institución de la nueva festividad litúrgica de CRISTO REY. Testimonio es ella bien fehaciente de la convicción profunda que inducía al Papa a tomar tal determinación. Esta convicción, de la importancia y de la actualidad del acto, se deja entrever en el recuento de los antecedentes que han ido preparando y con que se abre la Encíclica.

Mas no sólo en aquel pasaje, sino en todo el documento, desde el principio hasta el fin, son tan graves y sentidas las palabras de Pío XI, que bien se deja conocer que su intento es no transmitir solamente al pueblo cristiano su juicio maduro y fundamentado sobre la legitimidad y la conveniencia de la institución, sino la emoción que en aquel momento embarga su ánimo paternal y el anhelo vivísimo que siente de ser atendido, comprendido y secundado.

Porque, ¿qué es la Encíclica QUAS PRIMAS sino un eco profundo de aquella otra Encíclica UBI ARCANO, en donde el mismo Pío XI dió a conocer al pueblo cristiano y al universo entero el ideal de su pontificado, cifrándolo en aquella fórmula de tanta amplitud y profundidad: "LA PAZ DE CRISTO EN EL REINO DE CRISTO"?

En aquella primera Encíclica, magistral por su doctrina, ¿cómo se trasluce en todos los párrafos la angustia paternal del corazón del Vicario de Cristo, al ver al mundo confiado a su tutela cerrar los ojos a la luz a riesgo de irse despeñando cada vez más en la ruina! El Papa alza su voz y no cesa de clamar al mundo descarriado que vuelva los ojos a la luz, que sólo acogándose al imperio salvador de Jesucristo podrá hallar la vida, la salud, la paz. La Encíclica UBI ARCANO es ciertamente un toque de alarma, pero más que un toque de alarma es un gemido de un corazón de padre, que debiera herir y despertar el corazón de los dormidos.

Transcurridos ya tres años, ¿había despertado el mundo? Un nuevo gemido que exhala el corazón del Vicario de Cristo, un nuevo clamor eco del primero, un nuevo toque al corazón: esto es la Encíclica QUAS PRIMAS. Una nueva proposición magistral de la doctrina del Reino de Cristo, una industria excogitada por el amor paternal: para que la doctrina salvadora penetre en los entendimientos y en los corazones; éste es el contenido de la Encíclica.

El pensamiento del Papa

Se puede encerrar el pensamiento del Papa en unas pocas proposiciones, cuales son las que siguen:

1.º Sólo en el Reinado de Cristo puede haber paz verdadera y estable. En él sí, fuera de él, no. Y la paz que se promete no es sólo la espiritual de las almas, sino la social y la internacional (UBI ARCANO, QUAS PRIMAS).

2.º El Reinado que trae consigo las promesas es el aceptado libremente por los hombres: no el Reinado de mero hecho, ni el Reinado del mero poder (Passim).

3.º Por consiguiente, entonces reina Cristo en la sociedad, cuando constituída ésta rectamente, la Iglesia, cumpliendo el divino encargo, defiende y tutele los derechos de Dios, ora sobre los hombres en particular, ora sobre la sociedad entera (UBI ARCANO).

4.º La realización de este ideal no tan sólo se ha de

desejar y procurar, sino también se ha de esperar, en cuanto correspondamos al plan divino (UBI ARCANO, QUAS PRIMAS, MISERENTISSIMUS REDEMPTOR).

La peste de nuestro tiempo

Cuantas veces habla S. S. Pío XI de la realeza de Cristo, dirige su palabra al mundo actual, al mundo en que nosotros vivimos. No trata del asunto en forma abstracta, en una forma en que cualquier Papa de cualquier siglo hubiera podido hablar al mundo de aquel entonces. Habla para instruir, y persuadir y gobernar a los hombres actuales, y es la suya una verdadera porfía para hacerles comprender la actualidad del tema, para convencerles del interés que tiene aquello de que les habla para el mundo en que nosotros vivimos y nos movemos. Los males de nuestro mundo son gravísimos. Sólo la aceptación voluntaria del REINADO DE CRISTO puede remediarlos. Por esto es tan necesario que el mundo inficionado por la peste de los errores contrarios a la soberanía de Cristo, sea instruído, según su capacidad, en la doctrina salvadora, que sepa en qué consiste la soberanía de Cristo, su justicia y su valor.

¿Cuál es esta peste que infecciona las almas?: no es otra que el LAICISMO. Las palabras de Pío XI son terminantes:

"Al prescribir al mundo católico que dé culto a Jesucristo Rey, tenemos en cuenta las necesidades actuales y aplicamos el remedio principal a la peste que ha inficionado la sociedad humana. Calificamos de peste de nuestros tiempos al llamado LAICISMO, a sus errores, a sus intentos malvados. No llegó, sabida cosa es, a la madurez en un sólo día. Tiempo hacía que estaba latente en la entraña de las naciones. Comenzóse por negar la soberanía de Cristo sobre todas las gentes. Negóse a la Iglesia el derecho, que es consecuencia del derecho de Cristo, de enseñar al linaje humano, de dar leyes, de regir a los pueblos, en orden—claro es—a la bienaventuranza eterna. Luego, paso tras paso, se equiparó a la Iglesia de Cristo con las falsas, poniéndola ignominiosamente al nivel de ellas. Después se la sujetó al poder civil y poco faltó para que se la entregara al arbitrio de soberanos y gobernantes. Más lejos fueron aquellos que pensaron en substituir la religión divina por una cierta religión natural, por un cierto sentimiento natural. Ni tampoco faltaron naciones que juzgaron poderse pasar sin Dios y hacer religión de la impiedad y del menoscupio de Dios" (QUAS PRIMAS).

Esta caracterización del malhadado LAICISMO, peste de nuestra sociedad, descubre su próximo parentesco con el liberalismo tantas veces anatematizado, y convence de que o es el mismísimo liberalismo, ni más ni menos, o es el liberalismo llegado a su mayor de edad.

De esta apostasía social, de esta separación de Jesucristo, ¿qué consecuencias se siguen para la sociedad? S. S. nos lo recuerda a renglón seguido: "Los acerbísimos frutos, tan frecuentes y duraderos, que este alejarse de Cristo individuos y naciones, ha producido, los lamentamos ya en la Encíclica UBI ARCANO y de nuevo los lamentamos hoy". Para no alargarnos más, hagamos notar solamente el último de sus amargos frutos que enumera Pío XI: "La humana sociedad trastornada y llevada a la destrucción."

Así, la negación de la realeza de Cristo es peste, ruina, muerte; el acatamiento de la realeza de Cristo es vida, salud, prosperidad. "Si un día reconocieran los hombres, en su vida privada y pública, la regia potestad de Cristo, no es posible imaginar los bienes que forzosamente penetrarían todas las partes de la sociedad civil: la justa

libertad, la disciplina y la tranquilidad, la concordia y la paz”.

Quien lea estos fragmentos copiados y más quien considere, no a la ligera ni con prejuicios, los documentos citados en su integridad, notará que las palabras del Papa no suenan a formulismos vacíos, sino a íntima persuasión; que no son meras palabras, sino espíritu y vida, y el espíritu y la vida necesitan comunicarse. De aquí la constancia de Pío XI en buscar maneras de comunicar su persuasión, su espíritu, su vida al pueblo cristiano y al mundo entero.

Táctica del Pontífice

La táctica de Pío XI es de insistencia, es la de hacer conocer la doctrina del Reino de Cristo a todos los cristianos y a todos los hombres, según la capacidad de cada uno. Para este fin propone esta doctrina y la recuerda en luminosos documentos y pondera su valor y su interés vital. Y encarga a los jerarcas de la Iglesia que transmitan sus enseñanzas a los fieles, acomodándolas a su inteligencia.

Para este fin instituye la solemnidad litúrgica anual de Cristo Rey y hace que se celebre en un día y un tiempo del año que haga resaltar su importancia, y la razón que da es práctica y fundada en el conocimiento de los hombres. Las fiestas anuales hacen entrar por los ojos de los fieles la verdad que en sí encierran; ellas hablan no sólo a la inteligencia sino al hombre entero, y con esto la doctrina divina se embebe en el alma de los fieles, y, por decirlo así, se convierte en su carne y en su sangre.

Por donde se ve que la actualidad de la nueva festividad procede de la actualidad de la idea que en ella se incluye y se asocia, de la actualidad de la idea de la realeza de Cristo.

Desarrollo de la idea

Pío XI tiene fe, fe viva e incommovible en la idea de Cristo Rey; para Pío XI la idea de Cristo Rey, del Reino de Cristo, es una de aquellas ideas-fuerza que se abren camino, vencen y avasallan; difúndase esta poderosa idea y ella conquistará al mundo, lo salvará de la ruina y le comunicará la paz verdadera, la paz de Cristo.

Mas, ¿de dónde viene a la idea de Cristo Rey este poder de victoria? ¿es algo nativo en ella o le sobreviene de fuera, de la libre disposición de Dios? ¿tuvo ya en todos los tiempos, en todas las circunstancias o requiere para su ejercicio la coyuntura actual?

La idea de Cristo Rey no es algo nuevo en la Iglesia; no es una nueva emergencia en la conciencia cristiana; su abolengo es tan antiguo cuanto lo es el cristianismo; tiene expresión vigorosa en las páginas del Nuevo Testamento; se encuadra como fórmula dogmática en el símbolo eclesiástico; se reza y se canta en la liturgia. ¿Por qué los Papas de entonces no atribuyen como Pío XI a esta idea una virtualidad especial? ¿podríamos imaginarnos un Papa, por ejemplo, de la Edad Media, instituyendo la solemnidad anual de Cristo Rey por una Encíclica QUAS PRIMAS y esperando de la difusión y conocimiento de la idea la salvación del mundo? ¿hubiera cristianizado más al mundo la idea del Reino de Cristo, que la idea de la Cruz?

Exponemos con alguna extensión la dificultad precedente, no tan sólo porque prepara la genuina explicación de la virtualidad de la idea de Cristo Rey, sino también porque no faltan panegiristas y aun tratadistas de la Realeza de Cristo que la declaran y enaltecen poco más o menos como lo hicieron en la Edad Media, salvo el estilo moderno, y que apenas tienen en cuenta la particularísima, aunque circunstancial afinidad que el mundo actual tiene con ella.

La Realeza de Cristo es en verdad inmutable. La autoridad del Rey eterno no admite ni crecimientos ni vicisitudes; podrá sí ser reconocida por un número mayor o menor de súbditos; podrá ser acatada con mayor o menor perfección; mas los derechos de jurisdicción de nuestro Rey han sido, son y serán en todos los tiempos los mismos.

Despréndese de aquí que el significado, el contenido de la idea “Cristo Rey, Reino de Cristo” y por ende el de la fórmula verbal que la expresa es, ha sido y será siempre el mismo. No era diversa la Realeza de Cristo que veneraban y acataban los fieles de los tiempos antiguos, los de la Edad Media y nuestros contemporáneos.

Mas el contenido de una idea, de una fórmula verbal, sin variar en sí mismo, puede ser conocido con más o menos claridad, con más o menos precisión, con más o menos determinación. Si esto sucede a menudo con ideas y palabras de índole natural, no menos acontece con las ideas y fórmulas que contienen verdades reveladas. Y en esto precisamente consiste el desenvolvimiento legítimo y ortodoxo de las ideas reveladas y de las fórmulas en que se expresan. Tal ha sucedido y sucede por ejemplo con la idea del Cuerpo Místico de Jesucristo. Tal ha sucedido también con la idea de Cristo Rey, del Reinato de Jesucristo.

Al escribir estas líneas tengo ante mis ojos un libro inédito, escrito por un autor del siglo XVII, eminente y genial. En él estudia de propósito y con no escasa erudición los problemas concernientes a la materia que tratamos. Pero, ¡cuán inferior queda aquel tratado, si se coteja con el cuerpo de doctrina que suponen y resumen en sus Encíclicas los actuales Pontífices!

El desarrollo de las ideas, aquella descomposición mental que las particulariza y define, procede naturalmente del cotejo con otras ideas, de la combinación con ideas afines, etc. Pero lo más frecuente y normal será siempre que el desenvolvimiento de una de estas ideas pletóricas de sentido, cual es la del Reino de Cristo, no llegue a su plenitud, si no es al rozar con ideas afines, más aún, al chocar con ideas contrarias. Sólo cuando pueblos y gobiernos, práctica y teóricamente, directa y expresamente, rechazaron y negaron la soberanía de Cristo, ésta apareció fulgurante, fecunda y necesaria, en toda su plenitud y en toda su precisión, en sí misma y en sus relaciones. Ha sido necesario que llegaran los tiempos en que, como dice el mismo Pío XI en la Encíclica MISERENTISSIMUS REDEMPTOR, pueblo y gobernantes han clamado “no queremos que Este, que Cristo reine sobre nosotros”; para que los fieles súbditos de Cristo, a conciencia, dándose perfecta cuenta de su acto, respondieran con aquel otro clamor “es necesario que Este, que Cristo reine, venga a nos el tu Reino”.

Según este proceso, por el desenvolvimiento de la idea general, pero fecundísima, del Reino de Cristo, se ha formado todo un cuerpo de doctrina religioso-político-social, en el cual a todos los problemas fundamentales de la vida pública —no de los de pormenor, ni de los de índole técnica— se da solución, la única solución, la solución cristiana.

Actualidad psicológica de la idea

Con esto puede ya rastreado de qué manera la idea de Cristo Rey ha llegado a ser en nuestros días la idea-fuerza destinada a salvar el mundo moderno.

En el seno del mundo moderno ha logrado su madurez, su perfecto desarrollo y en su seno la lleva el mundo, y así, por más que se aturda y por más coces que tire contra el aguijón, no podrá jamás librarse de las angustias de su conciencia social, cuyo imperativo cristiano pesa sobre él como una losa. Y cuantas más soluciones busque para sus problemas de vida o muerte fuera de la que le

ofrece Cristo Rey, más sentirá angustias de agonía, más desesperantes serán sus desengaños.

Jesucristo, Rey de reyes y Señor de los que dominan, ofrece al mundo, desplegándola a la vista de todos, la carta magna de su soberanía de amor, de su caridad, de su amor de caridad por cuya falta la sociedad agoniza; y no es verdad que el hombre moderno no pueda entender tal programa, que la doctrina religioso-político-social, que se basa en la soberanía de Cristo, sobrepuje la capacidad intelectual del hombre de nuestro tiempo; tan lejos nos parece esto de la verdad que, a nuestro humilde entender, jamás en ninguna época del mundo han estado los hombres en su generalidad tan preparados como hoy en día para entender la doctrina religioso-político-social, programa del Reino de Cristo.

Verdad es que la ignorancia religiosa es en muchísimos casos poco menos que absoluta; que el más vil materialismo embota muchísimas inteligencias y las ciega para que no puedan ver más allá de la materia; es verdad que el más absurdo escepticismo anula en muchas personas el vigor intelectual y perturba la orientación del pensamiento; es verdad que la frivolidad *dilettante* desdeña a conciencia el esfuerzo serio, necesario al bien pensar. Confesamos que tales extravíos mentales dificultan enormemente la inteligencia de la doctrina salvadora.

Pero también es verdad que hoy aún en el vulgo que llamamos bajo suele haber un grado de instrucción, no religiosa por desgracia, muy superior al que en ningún otro tiempo ha habido. Y esto especialmente es verdad en materias político-sociales. La lectura tan difundida aún en las clases inferiores, el interés por la política y la mayor o menor participación en ella; la actuación personal en la defensa de los intereses de clase, etc., suministran a la muchedumbre una notable cantidad de ideas, confusas en su mayor parte, absurdas en muchos casos, en casi todos desvencijadas, sin trabazón ni consistencia; más a pesar de tanta pobreza la materia no les es desconocida, los tecnicismos les dicen algo, la misma presunción vanidosa les aficiona a instruirse más. ¿Por qué motivo no atenderán al apóstol que les declare la salvadora y sugestiva doctrina del Reino de Cristo, con tal que les hable con fe y convicción y acomodándose a su capacidad como encarga S. S.?

Si el apóstol que les habla sabe presentar la doctrina que transmite como la carta magna de Cristo Rey, que vive en el cielo y gobierna y quiere gobernar a los hombres para darles la felicidad verdadera y para unirlos en la paz, en la justicia, en el amor, ¿no se sentirán atraídos hacia tal Rey y por ende hacia su doctrina?

¿Por qué no hemos de tener la fe de Pedro, la confianza de Pedro, los que oímos de labios de Pedro el encomio de la doctrina del Reino, su eficacia salvadora, su actuación vital?

Contemplan pobres y ricos, nobles y plebeyos, sabios e ignorantes, a Cristo presente en su Reino, viviente en su Iglesia, *hermoso y gracioso*, como dice San Ignacio, entre los hijos de los hombres, y no les arredrará su verdadera doctrina, antes bien les atraerá. Contemplan a Cristo presente en su Iglesia, no con aquella presencia corporal y visible que soñaron los milenarios, pero sí con la presencia de gobierno, con la presencia de providencia amorosa, con la presencia de Cabeza mística que influye en sus miembros, en los que acatan y aman su soberanía, su vida, su verdad, su amor.

Un pensador no católico, Berdiaeff, en su conocido libro "Una nueva Edad Media", entrevé los primeros tenuísimos fulgores de un día que ya amanece. Este día no es para él sino un tiempo nuevo en el cual el género humano acatará amorosamente el Reinado de Jesucristo. Es una nueva Edad Media, enmendada a gusto del pensador, una Edad Media liberada de la ambición y del predomi-

nio temporal de los Pontífices Romanos; lástima da tal obcecación sectaria en una vista tan perspicaz como la de Berdiaeff.

Otra diferencia se nos antoja a nosotros, diferencia más sutil, sólo al espíritu perceptible. En la Edad Media, ya pretérita, miraban los hombres en el Papa, y con razón porque lo es, al Vicario de Jesucristo; más sucedió no pocas veces que su vista se fijaba en demasía en el Vicario, queremos decir en el hombre, y con esto se olvidaban de Jesucristo, y así se sublevaban contra la supremacía del Papa, porque su orgullo les hacía ver en él a un soberano temporal que pretendía dominarles.

En la idea del Reino de Cristo nos parece ver invertidos los términos. En el primer término se nos presenta Jesucristo viviente en su Iglesia, viviente en su representante en la tierra. Si así llegara a mirarse por todo el mundo al Vicario de Jesucristo, se le vería siempre sobrenaturalizado, más aún, divinizado.

Esta es la necesidad más urgente de nuestro tiempo: sobrenaturalizarlo todo, incluso el Romano Pontífice. Esta vida sobrenatural es la que trae consigo el Reinado de Jesucristo; ésta es la que implora sin darse cuenta la indigencia de nuestro tiempo, ésta es la que reclama el alma de nuestra sociedad.

El Reinado de Jesucristo, la idea de Cristo Rey es de actualidad vital para el alma del género humano, es una *actualidad psicológica*.

Actualidad providencial

La esperanza de que el mundo quiera aceptar el Reinado de Jesucristo fundada en su actualidad psicológica, no tenemos por qué negarlo, deja al espíritu en zozobra. Tantas veces ve el hombre lo que le conviene, lo aprecia en lo que vale, se siente atraído por ello, mas en último término lo rechaza. ¿No será también de temer la misma inconsecuencia de nuestra sociedad, cuando se enfrente con su remedio y su bien? Mas he aquí que viene en nuestro socorro a corroborar las esperanzas un nuevo elemento de fe. ¡La Providencia divina! ¡las promesas de Parayle-Monial! ¡Reinaré a pesar de mis enemigos! Estas palabras resonaban de continuo en el oído de Santa Margarita. ¿Cómo las entendía la Santa? No lo sabemos de cierto. Algo nos dice de ello aquella promesa de Jesús en una de las grandes revelaciones: allí habla con más claridad; allí anuncia que su designio no es otro que la ruina del imperio de Satanás y la implantación en las almas del imperio de su amor.

Tal vez los primeros devotos del Corazón de Jesús no atendieron lo bastante a estas significativas palabras. Extendióse, muerta, la Santa, la Devoción al Divino Corazón pedida en las revelaciones, pero la idea del Reino más bien parece esfumarse. Mas llegado a su mitad el siglo XIX, al choque de la antítesis impía y liberal, la idea del Reino de Cristo cobra vigencia, claridad y precisión.

Y a la luz de esta idea comienzan a interpretarse aquellas misteriosas palabras: "Reinaré a pesar de mis enemigos." Y se inicia la corriente, que es cada día más crecida, de consagraciones al Corazón de Jesús. En ella se unen indisolublemente la devoción al Corazón de Jesús y la devoción a Cristo Rey. Y de esta unión indisoluble brotan dos fórmulas ya usuales: *por la devoción al Corazón de Jesús al Reinado social de Cristo*; y aquella otra en que parecen ya identificarse las dos devociones: *el Reinado del Corazón de Jesús*. Y esta devoción y esperanza de los fieles estriba principalmente en las promesas de Paray.

Y son los Papas mismos, Vicarios de Jesucristo en la tierra, los que también parecen dejarse arrastrar por la corriente de devoción y esperanza; los que alientan ahincadamente las esperanzas de los devotos del Corazón de Jesús y en sus públicos documentos manifiestan paladi-

(Termina en la pág. 285)

EL SALMO DE CRISTO REY

En la Colección de breves poemas sagrados del Antiguo Testamento, conocidos con el nombre de Salmos, que son ciento cincuenta, y que escritos por diversos autores, tienen por Autor principal a Dios, ya que fueron inspirados por el Espíritu Santo, hay uno singularmente bello, el Salmo 44, que con toda propiedad se puede intitular EL SALMO DE CRISTO REY.

Como todos los demás, fué escrito en lengua hebrea, la lengua del apasionado afecto, la lengua del corazón. Su autor, uno de los hijos de Coré, familia de eximios poetas. Su título, "Cantar de amores"; es decir, Epitalamio.

Por la ágil rapidez de su movimiento lírico y por la perfección de la forma literaria se puede comparar con las mejores odas heroicas de Píndaro y de Horacio; pero las excede, como el cielo a la tierra, en la soberana elevación de los pensamientos, en la profundidad y pureza de los afectos, y en el acento de firme convicción con que el Autor inspirado canta lo que sabe es verdad divina, y entre las verdades divinas la que mejor se presta a ser cantada al son de la más acordada lira.

Sin la más mínima pretensión exegética, y tan solo con el sencillo intento de comunicar amigablemente a los lectores de CRISTIANIDAD lo que el alma ha sentido al leer centenares de veces, y al meditar con fruición sagrada y estética este soberano cántico, pondremos primeramente su versión castellana, y tras ella la exposición del Epitalamio.

La versión no será otra que la de Fray Luis de León. Es un altísimo poeta el que traduce a un Poeta divino. La puso al fin del Libro II de los *Nombres de Cristo*, y es una de las versiones más bellas del Vate agustino, Príncipe de nuestra poesía lírica. Héla aquí:

Un rico y soberano pensamiento
me bulle dentro el pecho:
a Ti, divino Rey, mi entendimiento
dedico, y cuanto he hecho.
A Ti yo lo enderezo, y celebrando
mi lengua tu grandeza,
irá como escribano volteando
la pluma con presteza.
Traspasas en beldad a los nacidos;
en gracia estás bañado;
que Dios en ti a sus bienes escogidos
eterno asiento ha dado.
¡Sus! Cíñe ya tu espada, poderoso,
tu prez y tu hermosura;
tu prez, y sobre carro glorioso
con próspera ventura.
Ceñido de verdad y de clemencia,
y de bien soberano,
con hechos hazañosos su potencia
dirá tu diestra mano.
Los pechos enemigos tus saetas
traspasen herboladas;
y besen tus pisadas las sujetas
naciones derrocadas.
Y durará, Señor, tu trono erguido
por más de mil edades,
y de tu reino el cetro esclarecido
cercado de igualdades.
Prosígues con amor lo justo y bueno;
lo malo es tu enemigo;
y así te colmó, oh Dios, tu Dios, el seno
más que a ningún tu amigo.
Las ropas de tu fiesta, producidas
de los ricos marfiles,
despiden, en ti puestas, descogidas,
olores mil gentiles.
Son ámbar y son mirra y son preciosa
algalia tus olores;

rodéate de infantas copia hermosa,
ardiendo en tus amores.

Y la querida Reina está a tu lado,
vestida de oro fino.

pues, ¡oh, tú, ilustre hija!, pon cuidado,
atiende de continuo.

Atiende, y mira, y oye lo que digo:
si amas tu grandeza,

olvidarás de hoy más tu pueblo amigo,
y tu naturaleza.



Que el Rey por ti se abrasa, y tú le adora,
que Él solo es Señor tuyo;

y tú también por Él serás Señora
de todo el gran bien suyo.

El Tiro y los más ricos mercaderes,
delante Ti humillados,

te ofrecen desplegando sus haberes,
los dones más preciados.

Y anidará en Ti toda hermosura,
y vestirás tesoro;

y al Rey serás llevada en vestidura
y en recamados de oro.

Y juntamente al Rey serán llevadas
contigo otras doncellas;

irán siguiendo todas tus pisadas,
y Tú delante dellas.

Y con divina fiesta y regocijos
te llevarán al lecho,

do en vez de tus abuelos tendrás hijos
de claro y alto hecho;

A quien del mundo todo repartido
darás el cetro y mando.

Mi canto por los siglos extendido
tu nombre irá ensalzando.

Celebrará tu gloria eternamente
toda nación y gente.

Bien pudo decir Fray Luis en el breve y valiente prólogo a sus traducciones sagradas: "En esta postrera parte van canciones sagradas, en las cuales procuré, cuanto pude, imitar la sencillez de su fuente, y un sabor de antigüedad que en sí tienen, lleno, a mi parecer, de dulzura y majestad.—Y nadie debe tener por nuevos o por ajenos de la Sagrada Escritura los versos, porque antes le son muy propios; y tan antiguos, que desde el principio de la Iglesia hasta hoy los han usado en ella muchos hombres grandes en letras y en santidad.—Y plugiese a Dios que reinase esta sola poesía en nuestros oídos, y que sólo este cantar nos fuese dulce, y que en las calles y en las plazas no sonasen otros cantares, y que en éstos soltase la lengua el niño, y la doncella recogida se solazase con esto, y el oficial que trabaja aliviase su trabajo aquí. Mas ha llegado la perdición del nombre cristiano a tanta desvergüenza y soltura, que hacemos música de nuestros vicios, y no contentos con lo secreto de ellos, cantamos con voces alegres nuestra confusión".

¿Qué diría el gran Autor de los *Nombres de Cristo* si viviese en nuestros tiempos?

Pero vengamos ya a la exposición del Salmo de Cristo Rey. Es propiamente el cántico de la unión de Cristo con la Iglesia. Y así el Rey al que aquí se celebra es Cristo; la Reina a la que se canta es la Iglesia; el Reino, que como divina descendencia de este divino desposorio se ha formado, es el Reino de Cristo.

Es cantar Mesiano, como consta de lo que dice San Pablo en su Carta a los Hebreos, c. 1., v. 8—Y al decir que es Salmo Mesiano queremos decir que en su sentido literal (figurado, ya se entiende, o alegórico) se ha de referir a Cristo, Dios-Hombre, glorificado, y a la Iglesia, su Esposa. Así lo muestran las mismas palabras del Cántico, y lo confirma la unánime explicación de los Santos Padres y de la inmensa mayoría de los Intérpretes católicos.

Consta de una Dedicatoria y de cuatro estrofas iguales, que se pueden distribuir en dos partes.

Dedicatoria: Siente el Poeta que le bulle en el alma la inspiración divina; y que no pudiendo contenerla en su interior, le rebosa por los labios, de los cuales brota su cántico con la agilidad presurosa de un expertísimo taquígrafo. Todo lo que ha de cantar lo dedica al Rey divino, y a la vez humano, que es el objeto de su inspirado cantar.

Parte primera. El Vate ensalza al Rey.

Estrofa primera.—Y en primer lugar por las magníficas y preeminentes cualidades de que Dios le ha dotado, y que son las más adecuadas a quien como Rey divino y humano viene a establecer en la tierra el Reino de Dios.—Es hermosísimo, de gallarda presencia; el más hermoso de los hijos de Adán.—Pero mayor sin comparación es la belleza de su alma, la cual está llena con divina plenitud de toda gracia espiritual, la vida sobrenatural de la Gracia, que ha recibido para Sí y para su Esposa y su descendencia; gracia que le rebosa por los labios con palabras cuales nadie las ha pronunciado, palabras de vida eterna. Es el Rey *hermoso y gracioso*, que nos presenta San Ignacio en la Meditación de Dos Banderas.—Y, además, es de fortaleza invencible. Bien la necesita, pues frente a sí tiene poderosos enemigos, que le hacen la guerra implacable; y es preciso que los venza y los sojuzgue plenamente para que así pueda establecer

su trono en la plena paz. Esta fortaleza del Divino Rey la describe el poeta inspirado de un modo muy poético, ya que dirigiéndose a él mismo, le invita a que revestido de sus armas celestes, y con el único designio de fundar su trono sobre la verdad y la justicia, salga valeroso, potentísimo, al encuentro de sus adversarios, sobre los cuales le predice que obtendrá plena victoria, cuyo fruto será que se le sometan voluntariamente todos los pueblos.

Estrofa segunda.—Ya la espada del Rey, que colgada de su cintura es su gloria y su ornamento, esgrimida con arte bélico y con enérgico valor por su diestra vigorosa, ha puesto en fuga a sus enemigos. Los que de lejos le combaten van cayendo unos tras otros, heridos por las saetas que el Rey les clava en sus pechos. Ya han desfallecido en su corazón todos los enemigos del Rey. Su trono se asienta en la hermosura de la paz y en la tranquilidad opulenta.—Lo ve entusiasmado el Poeta; y dándole ya abiertamente el nombre de Dios, porque siendo verdadero Hombre, es verdadero Dios, Rey divino, le enaltece por el trono firmísimo que ocupa, trono eterno; por el cetro justísimo con que gobierna; por la entereza con que ama la virtud y odia la iniquidad; por la alegría y la gloria que se ha ganado, y con que el Padre, Rey del cielo y de la tierra, Dios de Él y Dios de su Reino, le ha ungido muy por encima de todos; y, sobre todo, por la muchedumbre de gentes, figuradas con el nombre de hijas de Reyes, se le han sometido y se le irán sometiendo, multitud que formando una sola Iglesia, lavada y adornada por Él mismo, la tomará por Esposa y se desposará con Ella en místico y eterno desposorio.

Parte segunda.—El Vate Profeta pasa a celebrar a la Reina y su fecunda unión con el Rey.

Estrofa primera.—A manera de Parainfo (aquel personaje que dirigía la celebración de las antiguas Bodas en Oriente), el Poeta, al haber de llamar a la Esposa para que se acerque y dé su mano al Esposo, le exhorta a que olvidándose de todo lo que anteriormente había amado, aun su Patria y la casa de sus padres, se entregue confiada y totalmente al Rey, ya que siendo su Rey y desde entonces su Esposo, es también Él mismo su Dios, al que todos con Ella han de adorar. Si así lo hace, le promete el Poeta a la Esposa la dicha inefable de que gozará, porque el Rey la amará; y porque naciones potentísimas, al verla tan querida y tan favorecida del Rey, buscarán el valimiento de Ella para vivir bajo el imperio pacífico y soberanamente dichoso del Rey. Y cuando así advertida, la contempla el Poeta que con paso firme se acerca a dar su mano al Regio Esposo, le hace saber que toda la magnificencia de Ella, toda su felicidad, se le mostrará no fuera, sino en lo interior del Palacio, es decir viviendo en la presencia del Rey, unida indisolublemente con Él, viviendo para Él solo.

Estrofa segunda.—No ha terminado con esto el oficio del celestial Parainfo; pues el inspirado Poeta invita y lleva con suave ademán, y pone junto al Rey no solamente a la Reina, sino también a sus compañeras, es decir las gentes ya convertidas, y que se muestran bajo la figura de las jóvenes vírgenes que acompañaban a la Esposa en sus Bodas. Y finalmente predice la numerosísima posteridad, que nacida sobrenaturalmente de Dios y para Dios, será el maravilloso fruto de la unión de ambos Esposos, Rey y Reina, Cristo y la Iglesia; posteridad que reinará primero en la tierra, y celebrará después para siempre al Rey eterno y Señor universal.

Así termina el divino Epitalamio, a la vez sencillo y sublime, encantador y magnífico.

¡Dichosos mil veces los que perteneciendo a la Iglesia de Cristo, sirviéndola a Ella, sintiendo con Ella, pertenecen al Reino de Cristo, le sirven a Él y sienten con Él!

JUAN DE MATA ROCASÁN, S. I.

SANTA TERESITA, LAS MISIONES Y SU «MISION MUNDIAL»

¿Por qué Santa Teresita es patrona de las Misiones?

Muchas personas se hicieron asombradas esta pregunta cuando, en 17 de mayo de 1925, S. S. Pío XI, equiparándola a San Francisco Javier, a quien llama "gigante de santidad", ponía todas las "Misiones" bajo el patrocinio de la "santita" de Lisieux.

Lo primero que justifica este asombro es que Santa Teresita no puso nunca los pies en un país de misión, y después que, al evocar la vida de ambos Santos, de todos tan conocida, aparecen en su acción siguiendo caminos opuestos.

Esto, sin embargo, es sólo una impresión superficial. En primer lugar, no se trata de poner a Santa Teresita en lugar de San Francisco Javier, de una "substitución", sino de ponerla "junto" a San Francisco Javier, o sea, de una "adición", y también de responder a necesidades creadas por los acontecimientos que han sucedido desde el tiempo de San Francisco Javier.

En realidad, es una prueba más de cómo la Iglesia — divinamente asistida por el Espíritu Santo — señala en todo momento a los fieles el camino que han de seguir por medio de jalones tan claros y visibles como son los Santos, para cumplir el precepto que dió Jesús: "*Sed mis testigos en Jerusalén, en Samaria y hasta el fin del mundo, y enseñad a todas las gentes bautizándolas en nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo*".

Para buscar la relación y afinidad que tienen entre sí las disparidades de la vida de estos Santos, el camino más breve, aunque parezca una paradoja, será poner de relieve, sin entrar en lo anecdótico de todos conocido, el contraste que tanto en lo natural como en lo sobrenatural ofrecen ambos, y también — sin entrar en lo anecdótico — el cambio que ha motivado esta diversidad de acción y hecho precisa la "adición".

San Francisco Javier y su época

Nació en 1506, cuando precisamente estaba ocurriendo en el mundo algo excelente; una verdad tan maravillosa que parecía inverosímil. De los puertos de España y Portugal partían naves hacia oriente y hacia occidente. Destruídas las leyendas del Mar Tenebroso, la *Pinta*, la *Niña* y la *Santa María* habían dado a España el continente americano. Vencida la superstición del paso del Trópico, el *San Rafael* y el *San Gabriel* habían llegado a la India por el sur de África, inutilizando la barrera de Egipto y Siria que el Islam interponía entre Asia y Europa.

Hijo de los Azpelicuetas y los Javierres, vino al mundo en el castillo de Javier, asentado en los montes de Navarra, desde donde sus antepasados ya vieron la derrota de Carlomagno en Roncesvalles. Niño todavía, conoció la amargura de la derrota cuando, aclamado en Pamplona Fernando el Católico, mandó derribar las almenas del castillo de su padre porque era partidario de los Albrít.

Las almenas quedaron derribadas, pero no sus convicciones. El no serviría con las armas al partido triunfante. Sin embargo, vigoroso y eficiente ejemplar de su raza, tampoco derrocharía su mocedad sin distinguirse y brillar. No se conformaba con la exultación del goce elemental de verse vivo; el ansia de saber fijó su vocación, y desde luego por entonces le atraía más la gloria que la santidad.

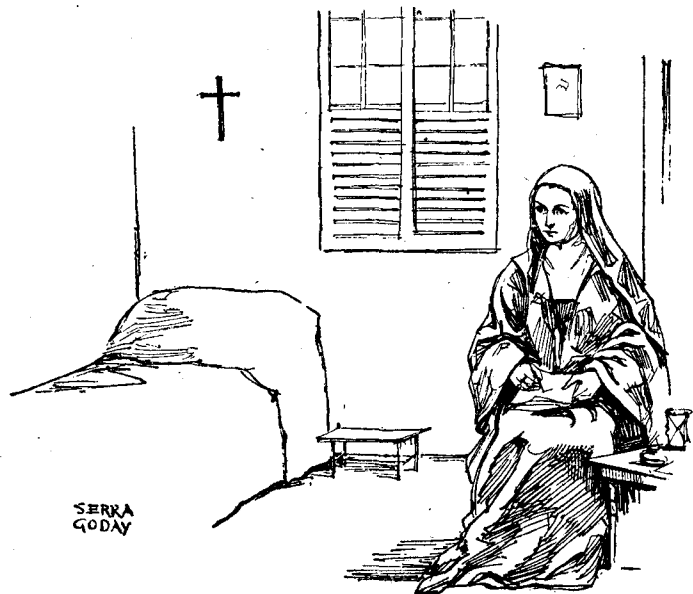
La dura férula de la vida universitaria de París, en el Colegio de Santa Bárbara, donde convivía con San Igna-

cio y Calvino, no era obstáculo para que su índole señorial se manifestase fastuosa y espléndida.

Ya se sabe la divina astucia con que aquel estudiante de su tierra, ya entrado en años, que cojeaba un poco, de aspecto miserable y que mendigaba para sí, pero le ayudaba en los aprietos en que le ponían sus espléndidos, le convirtió en "iñiguista" convencido... la emocionante escena de Montmartre..., el viaje a Roma..., la fundación de la Compañía de Jesús... y como el noble, arrogante y fogoso Javier se hizo hijo de obediencia.

Pero el triunfo de la gracia no es la derrota de la naturaleza. Aunque su ideal había cambiado de objeto, continuaba siendo el apasionado clarividente que asumía el anhelo creador de su época.

Si los comerciantes se habían lanzado por las nuevas vías marítimas y desafiaban todos los peligros en busca



de la pimienta, la canela, el gengibre, la nuez moscada, el clavo aromático, el almizcle, el incienso, el ámbar, el opio... Si los Fugger y los Welser amasaban fortunas fabulosas con la especiería india, y abundaban en los mercados las sedas chinas, los damascos de la India, las lacas del Japón, las perlas blancas de Ceilán y los diamantes azulados de Narsingar, ¿por qué él no había de conquistar el tesoro incomparable del alma inmortal de los millones de indígenas que aún no conocían el nombre de Jesús?

Sus viajes

Y comienzan sus correrías. Sale de Europa el 7 de abril de 1541, llega a la India, desembarca en Pesquería, y bautiza a 10.000 indígenas; el brazo se le cansa de tanto bautizar; enroquece de tanto repetir el *Credo* y los *Mandamientos*. En Goa funda un colegio para la formación del clero indígena; recorre el reino de Travancor y evangeliza las islas Manor y Ceilán; desembarca en Malaca y se dirige al inexplorado mundo malayo: Sumatra, Java, Macasar, Borneo, Amboina, Banda, las Molucas y llega hasta las peligrosas islas del Moro.

Vuelve a Goa para organizar el Colegio que ha fundado. Un japonés, Yagiro, le habla de su tierra. Va y viene de unas islas a otras y llega al Japón. En vista de lo que la inteligencia de aquel pueblo promete, se hace

niño; aprende a hablar, a comer, a sentarse, se asimila sus maneras en cuanto puede, y en breve enseña a los nativos en su propia lengua las verdades de la fe.

Aumentan en su itinerario los nombres bizarramente sonoros: Firando, Facara, Amanguébi, Funai... Para ver al emperador hace 500 kms. a pie y descalzo, por senderos impracticables, y ¡el emperador no le recibe! No por eso se desanima, há de conseguir el favor imperial para sus bautizados. Desanda el camino, se provee de sus credenciales como Nuncio Apostólico y hace por tercera vez el mismo camino, ahora con éxito.

Queda un último sueño: China. Quiere penetrar en ese enorme imperio, atravesarlo, ir por él a Europa y traer más misioneros que lo evangelicen. Un nativo se compromete a hacerle entrar en Cantón. El guía resulta un traidor. Abandonado de todos, muere consumido por la fiebre, con los ojos fijos en la codiciada China, en la desierta isla de Sanchon, durante la madrugada del 3 de diciembre de 1552.

Su Misión había durado 10 años y 7 meses. *Ordenados en línea recta sus viajes, hubieran dado tres veces la vuelta al mundo.*

Su acción dinámica era admirada por todos aun antes de morir.

Santa Teresita del Niño Jesús

Procede de una esas familias provincianas francesas que conservaba pura la savia vivificante y tradicional de la Hija Primogénita de la Iglesia, y formaron la clase media, nervio y sostén de la nación.

Su padre era relojero; su madre dirigía un taller de encajes. Cuando ella nació, en 2 de enero de 1873, ya se habían retirado de los negocios y gozaban un buen pasar.

Apenas la niña había dejado de ser un bebé, ya llamaban la atención sus procesos mentales, a pesar de que su instrucción nunca pasó de la corriente entre las niñas de su clase social. La precocidad se muestra especialmente en su vida interior. Ella misma nos lo dice cuando relata su infancia y afirma que *"el camino que seguía era tan recto y luminoso que no sentía necesidad de otro guía que Jesús"*. Escuchando *"esa voz que enseña sin ruido de palabras y sin confusión de pareceres"*, conoció que *"había nacido para la gloria... pero esa gloria no aparecería jamás a los ojos de los hombres, sino que consistiría en ser una GRAN SANTA"*.

Como la humildad es la verdad, lo dice sin rebozo en su autobiografía, y como también conoce que *"la única suerte envidiable en este mundo es querer ser ignorado y tenido por nada"*, obra en consecuencia.

A los 15 años, cuando ya es un complejo armónico de perfecciones físicas y espirituales, se recluye en la más rigurosa clausura. Los muros del convento la aíslan del mundo; el velo de religiosa esconde su figura; su inteligencia queda igualmente velada; su arte de conversar, su ingenio, su gracia narrativa, sus cualidades excepcionales, pasarán desapercibidas; el desprecio aún le parece poco y se apasiona por el olvido.

Será auxiliar de refectorio, quitará las telarañas de la despensa, barrerá los claustros, escardará el jardín, y largas horas transcurrirán en el lavadero entre el agua helada o los vapores sofocantes de las coladas mil veces repetidas.

Ella sabe que trae un mensaje al mundo, pero para transmitírselo, en aras de la pobreza, emplea unos sobres viejos y usados, que llena con su letra menuda sobre la tabla de un viejo pupitre que ha de sostener en sus rodillas, cuando, cumplidos los trabajos del día, se retira a su pobre, fría y desnuda celda.

La incomprensión y los descuidos harán de su vida

un martirio y arruinarán su salud. Muere a los 24 años, y una lega comenta entre las religiosas: *"Muy apurada se verá la Superiora para decir algo de esa Hermanita, porque, aunque muy simpática, no ha hecho nunca nada de particular"*.

Sin embargo, el Papa Benedicto XV, en 1918, modifica en su favor el Derecho Canónico, y exime la causa de su Proceso de Beatificación del plazo de 50 años exigidos hasta entonces.

En 1923, Pío XI la proclama Bienaventurada, y el 17 de mayo de 1925, el mismo Papa, inscribe su nombre en el Catálogo de los Santos, aparece su imagen entre los esplendores de la gloria de Bernini, es propuesta para ejemplo de los fieles y proclamada Patrona de las Misiones.

Misión mundial

¿Qué había pasado entre la época de San Francisco Javier y la de Santa Teresita que, para conseguir el mismo fin, sean idóneos ejemplos tan diferentes?

Nada más y nada menos que tres siglos y medio y dos Revoluciones: La Revolución Francesa y la Revolución filosófico-literaria-científico-industrial. La Revolución Francesa, cronológicamente, se intercala en la otra, o sea, entre su primera parte filosófico-literaria que la produce, y su segunda parte científico-industrial que es su consecuencia.

El cambio era tan grande, que dice Crossfield Happold, en su libro *"Aventura del hombre"*, que *"un hombre del siglo XIII se encontraría menos extraño en la Roma Imperial que en el mundo de nuestros días"*.

En resumen: Los enciclopédistas, dando por admitido que el hombre es sólo un autómatas razonador, barrieron en su diáfano diccionario todo lo que tenía sabor místico y sobrenatural, y lo impusieron como el compendio de todos los oráculos. Ayudados por la literatura romántica de Rousseau y la cínica de Voltaire, debilitaron las creencias: el escepticismo se puso de moda. Esta aleación ideológica produjo no una revolución, sino *la Revolución*, en la que la reivindicación de los Derechos del Hombre sirvió para camuflar el propósito de proscribir de la sociedad los Derechos de Dios. Pero el terror no puede ser más que episódico, porque despierta demasiados recelos; la guillotina no pudo funcionar por tiempo indefinido; en cambio, el propósito básico de la Revolución había de quedar en pie. Para llevarlo a la práctica más solapadamente, sirvió el Código napoleónico, que con apariencias de restablecer el orden, creó los Estados laicos a base de los cuatro principios liberales.

Por lo tanto, lo fundamental del cambio consiste en que, en tiempo de San Francisco Javier, se admitía sin discusión de ningún género la intervención de Dios en todos los actos de la vida y sólo El era considerado como única fuente de poder y de soberanía. Por eso no había más países de Misión que los de paganos e idólatras, y eran precisos largos viajes como los que llevó a cabo San Francisco Javier.

En cambio ahora, dejando a Jesucristo al margen de la vida civil y social en los países civilizados, todo el mundo queda convertido en país de Misión, y como el error está en las ideas, esta Misión la pudo realizar Santa Teresita desde la celda de un convento ignorado, de la casi entonces ignorada población de Lisieux.

Heraldo de Cristo Rey

Muy breve y muy sencillamente lo expone precisamente en un carta que escribe a un misionero:

"...cuando empezaba a estudiar la historia de Francia, la narración de los éxitos de Juana de Arco me entusiasmaba, sentía en mi corazón el deseo y el valor de imi-

tarla; me parecía que el Señor me destinaba a grandes cosas. No me engañaba, pero en lugar de las voces del cielo invitándome a un combate OI EN EL FONDO DE MI ALMA UNA VOZ MAS DULCE TODAVIA, MAS APREMIANTE, la del Esposo de las Vírgenes, que me llamaba a otros éxitos, a otras conquistas más gloriosas, y, en la soledad del Carmelo, comprendí que mi MISIÓN, no era coronar un rey mortal, sino hacer amar al Rey del cielo y SOMETERLE EL REINADO DE LOS CORAZONES”.

La Iglesia, al proclamar la fiesta de CRISTO REY, autenticó la Misión mundial de Santa Teresita, necesaria para que sea reconocida la soberanía social de Jesucristo, por la sumisión a su ley de todos los corazones, única manera de hacer posible UN MUNDO MEJOR.

Interacción, contacto e interdependencia de alma a alma

Esto es lo que lisa y llanamente han llamado siempre todos los cristianos la “comunidad de los Santos” y siempre se ha verificado por el mismo procedimiento, tanto en tiempos de San Francisco Javier, como en los de Santa Teresita, y no es nada nuevo que la salvación de unos depende de la acción o intervención de otros.

Pero Santa Teresita nos explica el mecanismo de ese grande y fecundo misterio, y la ley, también misteriosa, que rige la interdependencia entre las almas. Es una filigrana de la misericordia de Dios que ha tenido en cuenta la mentalidad actual.

Aunque la fría pupila racionalista ha conocido ruidosos fracasos y ha tenido que rectificar en cosas que afirmó con demasiada precipitación, todos estamos más o menos intoxicados por la segunda etapa de una de las revoluciones mencionadas; la científico-técnica. Esa etapa se caracterizó durante varias décadas del siglo pasado por no admitir sino la Ratio; declaró ilusorio todo lo que no podía cogerse con unas pinzas o medirse con una regla; tachó de fantástico lo que no era matemáticamente demostrable; de insensato, lo que no podía ser aprehendido por los sentidos, e históricamente falso lo que no podía probarse por un documento de la época sometido a su comprobación o por un resto arqueológico.

Con todo, se ha desvelado nuestra curiosidad y gustamos de saber las causas que producen los efectos.

En este sentido Santa Teresita constituye “una puesta al día” como si dijéramos, en la economía sobrenatural que rige el mecanismo misional.

En primer lugar sus palabras no permiten poner en duda que, en el ideal de misionar países infieles e idólatras, va más allá de lo que ha ido nadie.

“Quisiera — nos dice, dirigiéndose a Jesús — recorrer la tierra predicar vuestro nombre y plantar en la tierra

infiel vuestra Cruz gloriosa. Pero una misión no me basta; querría al mismo tiempo anunciar el Evangelio en todas partes del mundo, hasta las islas más remotas. Y querría ser misionera no sólo algunos años, sino haberlo sido desde el principio del mundo y continuar siéndolo hasta la consumación de los siglos.”

Y, ¿cómo puede tomar parte en todas las misiones y que su acción sea sentida en todos los tiempos?

Sus aspiraciones eran un verdadero martirio. Nacida en época en la que, por los métodos de investigación, se hacen descubrimientos tan maravillosos como los de los tiempos de San Francisco Javier, aunque de otra índole, aplica este método.

Abre las Epístolas de San Pablo, y ¡nuevo conflicto! No se reconoce en ninguno de los miembros del Cuerpo Místico de la Iglesia, precisamente porque quiere reconocerse en todos, pero profundizando la investigación, dice:

“Comprendí que si la Iglesia era un cuerpo compuesto de diferentes miembros, el más necesario, el más noble de todos los órganos no había de faltarle; comprendí que tenía un corazón, y que este corazón ardía en amor; comprendí que SOLO EL AMOR HACE MOVER LOS MIEMBROS, que si el amor se extinguía, LOS APOSTOLES NO ANUNCIARIAN YA EL EVANGELIO, y los mártires no querrían derramar su sangre...”.

Esto es lo que aporta Santa Teresita al ejemplo activo de San Francisco Javier: el conocimiento, y con el conocimiento la responsabilidad de que todos tomen parte en las misiones activando el funcionamiento del CORAZÓN DE LA IGLESIA.

La Iglesia es la más sabia psicológica. Ahora que la radio y la televisión nos hacen fácil la idea de la transmisión alada del espíritu, nos muestra en Santa Teresita la perspectiva alentadora de la influencia que produce mutuos contactos de alma a alma y desarrolla la energía volitiva.

Para incorporar a la vida espiritual esa corriente vivificante de acuerdo con la mentalidad de nuestro tiempo, le bastaban a Santa Teresita unos pocos años, la celda de un convento, unas vulgares libretas de colegiala y unos sobres viejos y desgarrados que cuidadosamente “remendaba” con tiritas de goma y con pulcritud de monjita...

Pero no era el continente, sino el contenido lo que importaba, el grado de realidad religiosa y social que encierra capaz de mover las inmensas reservas de fe viva que aún en el siglo xx, iniciando la Misión Mundial para reconocer la realeza de Jesucristo y el procedimiento por el cual todos podemos llevar a los extremos del mundo el conocimiento de su ley con las Misiones. Por eso dijo el Papa que ella es LA GRAN SANTA de nuestros tiempos.

MARÍA ASUNCIÓN LÓPEZ

(Viene de la pág. 280)

ACTUALIDAD DE LA IDEA DE CRISTO REY

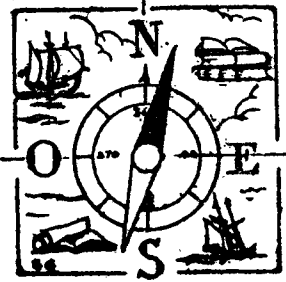
namente su esperanza y no dudan en apoyarla abiertamente en las revelaciones de Paray. Y el Pontífice León XIII, en su Encíclica ANNUM SACRUM, señala en las apariciones del Corazón de Jesús una nueva época, la del Reinado de Jesucristo. Y S. S. Pío XI declara en su Encíclica MISERENTISSIMUS REDEMPTOR que, al instituir la fiesta de Cristo Rey, se propuso dar complemento a lo que iniciaron los fieles en sus actos de consagración al Corazón de Jesús y afirma solemnemente que la celebración de la fiesta es, sí, una proclamación de la Realeza de Cristo,

pero además es un anticipo de aquel día venturoso en que el universo entero espontánea y libremente prestará su obediencia al Reinado suavísimo de Jesús.

Y al terminar el artículo no podemos dejar en olvido al Pontífice reinante, que ya en su primera Encíclica hizo suyos expresamente los actos y las esperanzas de sus Predecesores, de que acabamos de hablar.

RAMÓN ORLANDIS, S. I.

Véase *Actualidad de la idea de Cristo Rey*, Publicaciones CRISTIANIDAD, año 1951.



CRONICA POLITICA MENSUAL

LEYENDO Y BRUJULEANDO

Polonia, capital Varsovia - Truman advierte a Eisenhower - Renovada actualidad del Oriente Próximo - Delegación española en las Naciones Unidas. ¿Un nuevo «satélite» para la URSS? - El triunfo de Adenauer y la democracia liberal - Un acuerdo y una realidad

Del 21 al 31 de agosto

POLONIA, CAPITAL VARSOVIA

Aunque con evidente retraso, creemos de interés para nuestros lectores reproducir el "Acuerdo de Pagos entre el Instituto Español de Moneda Extranjera y el Narodowy Bank Polski" de 5 de julio de 1957, que copiamos de la revista oficial del Ministerio de Comercio, Información Comercial Española:

Con objeto de facilitar los intercambios de mercancías y de regular los pagos entre España y Polonia, el Instituto Español de Moneda Extranjera, de Madrid, y el Narodowy Bank Polski, de Varsovia, han acordado lo siguiente:

ARTÍCULO PRIMERO:

El Narodowy Bank Polski abrirá en sus libros una cuenta establecida en dólares USA a nombre del Instituto Español de Moneda Extranjera. Esta cuenta, denominada "Cuenta española", estará libre de intereses y de otros gastos.

Se acreditarán en esta Cuenta todos los pagos enumerados en el artículo III del presente Acuerdo adeudados a los acreedores españoles por los deudores polacos y se adeudarán en la misma todos los pagos enumerados en el artículo III del presente Acuerdo debidos a los acreedores polacos por los deudores españoles.

ARTÍCULO II:

El Instituto Español de Moneda Extranjera abrirá en sus libros una cuenta establecida en dólares USA a nombre del Narodowy Bank Polski. Esta cuenta, denominada "Cuenta polaca", estará libre de intereses y de otros gastos.

Se acreditarán en esta Cuenta todos los pagos enumerados en el artículo III del presente Acuerdo adeudados a los acreedores polacos por los deudores españoles, y se adeudarán en la misma todos los pagos enumerados en el artículo III del presente Acuerdo debidos a los acreedores españoles por los deudores polacos.

ARTÍCULO III:

Por medio de las cuentas arriba mencionadas se realizarán los pagos procedentes de:

- Los intercambios de mercancías entre España y Polonia.
- Los servicios originados por estos intercambios.
- Así como todos los otros pagos admitidos de común acuerdo por el Instituto Español de Moneda Extranjera y el Narodowy Bank Polski.

ARTÍCULO IV:

Podrán ser autorizados intercambios compensados a través de las cuentas arriba mencionadas.

ARTÍCULO V:

El Instituto Español de Moneda Extranjera y el Narodowy Bank Polski ejecutarán las órdenes de pago independientemente de la situación de los fondos disponibles que



figuren en su cuenta "clearing" con la reserva, sin embargo, de que el saldo de esta cuenta no sobrepase la cantidad de 1.000.000 de dólares USA.

ARTÍCULO VI:

Además del Instituto Español de Moneda Extranjera y el Narodowy Bank Polski, serán igualmente admitidos a realizar operaciones a través de las cuentas mencionadas en los artículos I y II los siguientes Bancos: por parte polaca, el Bank Handlowy Warszawie, S. A. Warszawa; y por parte española, los Bancos autorizados conforme al régimen de divisas en vigor en este país.

ARTÍCULO VII:

Los contratos sobre intercambios de mercancías entre España y Polonia serán concluidos en dólares USA y las facturas co-

rrespondientes establecidas en la misma moneda.

En el caso de que se aplicara otra moneda sería convertida en dólares USA, de acuerdo con la cotización media oficial en vigor en cada uno de los dos países el día del pago.

ARTÍCULO VIII:

El presente acuerdo entrará en vigor a partir de la fecha de su firma. Será válido por un año y renovable por tácita reconducción de año en año, salvo que una de las dos Partes Contratantes lo denuncie por escrito al menos tres meses antes de su expiración.

ARTÍCULO IX:

Después de la expiración del presente Acuerdo sus disposiciones seguirán siendo válidas para todos los contratos concluidos antes de la fecha de su expiración, es decir, hasta el momento de su liquidación definitiva, siempre que ésta no exceda en ningún caso de un año, a partir de la fecha de la expiración del presente Acuerdo.

ARTÍCULO X:

El saldo deudor que pudiera existir en la fecha de expiración del presente Acuerdo deberá ser liquidado por el país deudor en el plazo de un año, a partir de la fecha de expiración de éste, por medio del suministro de mercancías.

Si transcurrido el plazo de un año a partir de la fecha de expiración del presente Acuerdo, quedase todavía un saldo deudor, éste será liquidado en dólares por el país deudor.

ARTÍCULO XI:

Las modalidades técnicas necesarias para el buen funcionamiento del presente Acuerdo serán objeto de un arreglo separado entre las dos Partes Contratantes.

Hecho en París, en dos originales, en lengua francesa, el cinco de julio de mil novecientos cincuenta y siete.

Exportación polaca a España

Carbón	260.000 Tm.	4.700 miles de \$
Madera aserrada	—	225 " " "
Papel prensa	—	300 " " "
Productos siderúrgicos	—	1.000 " " "
Caseína	—	100 " " "
Malta	—	360 " " "
Productos químicos	—	150 " " "
Productos farmacéuticos	—	25 " " "
Electrodos de grafito	—	100 " " "
Máquinas-herramientas no fabricadas en España	—	500 " " "
Equipo para siderurgia, herrería, fundición, laminado, máquinas pesadas eléctricas, así como para la industria del papel, obras públicas, agricultura, minas y también tractores agrícolas	—	1.000 " " "

Exportación española a Polonia

Agrios	25.000 Tm.	2.500 miles de \$
Mineral de hierro	200.000 "	2.000 " " "
Piritas	50.000 "	700 " " "
Potasa	50.000 "	1.600 " " "
Calzado	—	1.000 " " "
Corcho en bruto	—	100 " " "
Corcho manufacturado	—	100 " " "
Piel de cordero piqueladas	50 "	75 " " "
Vinos y licores	—	50 " " "
Conservas de sardinas, atún y otros pescados	—	75 " " "
Almendras	—	25 " " "
Pasas	—	25 " " "
Aceite de oliva	—	25 " " "
Otros frutos secos y desecados	—	20 " " "
Cera de abeja	—	15 " " "
Avellanas	—	10 " " "
Zumo de frutas	—	10 " " "
Aceites esenciales	—	P. M.
Tabaco	—	P. M.
Máquinas para la industria ligera	—	100 " " "
Máquinas para la industria eléctrica	—	100 " " "
Varios	—	1.000 " " "

París, 5 de julio de 1957.

Muy Srs. míos: Como complemento del Acuerdo de Pagos suscrito en el día de hoy por el *Instituto Español de Moneda Extranjera*, de una parte, y el *Narodowy Bank Polski*, de otra, se ha convenido que estos dos Organismos se comprometen a hacer las gestiones necesarias cerca de sus respectivas Autoridades competentes para obtener la concesión de las más amplias facilidades de importación en España y en Polonia de los productos españoles y polacos que figuran en las dos listas anejas.

Esta carta, así como la redactada por ustedes en los mismos términos, serán consideradas como parte integrante del Acuerdo de Pagos concluido con fecha de hoy entre el *Instituto Español de Moneda Extranjera* y el *Narodowy Bank Polski*.

Aprovechamos la ocasión para reiterarles las seguridades de nuestra consideración distinguida.

Instituto Español de Moneda Extranjera.
Narodowy Bank Polski

Del 1.º al 10 de septiembre

TRUMAN ADVIERTE A EISENHOWER

Habla Harry S. Truman, uno de los portavoces más calificados de la *francmasonería* norteamericana. Y habla, precisamente, de la posición de su país con respecto a la Unión Soviética y al Próximo Oriente (que, como sus colegas anglosajones y sus imitadores, califica de "Oriente Medio").

Una conclusión:

"Tal como están las cosas — dice — casi puede darse por perdido el Canal de Suez. El Medio Oriente puede también haberse perdido. Y si los rusos logran su objetivo de dominar esa región y sus recursos, nosotros *podemos perder Europa.*"

¿Pesimismo? ¿Realismo?

Pero sigamos con Truman:

"Mi experiencia con los rusos me enseñó que ellos se moverán allí donde nosotros no pongamos bien en claro nuestras intenciones". Y saca a colación el "ejemplo" de Azerbaidján. Truman habla continuamente de Rusia y de los rusos, como si no se diera cuenta que, desde hace cuarenta años, el internacionalismo comunista tiraniza aquel país y como si el nombre oficial del nuevo Estado no fuera exactamente el de Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. El dato es poco importante para Truman, el cual, por otra parte, olvida también que en sus palabras late una íntima autoacusación. ¿Por qué se perdió la batalla política en la

Europa oriental en 1945? ¿Por qué permitió Truman que Checoslovaquia y China cayeran en manos de la URSS?

Truman no se acuerda, al parecer, de esos insignificantes detalles. En cambio se conmueve — sus razones tendrá — con otra cuestión que, por otro lado, tiene su indudable importancia:

"Es evidente que los rusos ya han estudiado la importancia del petróleo. El petróleo es la savia vital de las potencias occidentales. Esta cuestión ya ha creado severas tensiones en las economías de esos países. Eso podría convertirse en un asunto grave."

Y explica:

"Nosotros no podemos mantenernos como

espectadores y permitir que esas naciones tengan que verse en situaciones como las esbozadas, situaciones a las que no pueden enfrentarse por carecer de recursos para ello. Aun antes de que se llegue a un punto de peligro, lo mejor sería consultar con los británicos y los franceses, nuestros indispensables aliados, sobre qué pasos sean necesarios para impedir que entren en juego las tensiones comerciales o monetarias."

Y poca cosa más. Además de ignorar el internacionalismo comunista, Truman olvida también ahora a Israel. Puede ser simple coincidencia, como dicen los cargados de buenas intenciones.

Sin embargo, es posible que el artículo de Truman no sea una mera digresión literaria. ¿No ocultará, tal vez *una admonición pública* de los altos "dignatarios" de las logias estadounidenses?

RENOVADA ACTUALIDAD
DEL ORIENTE PRÓXIMO

El Presidente norteamericano parece haber atendido las indicaciones de su antecesor, y así, después de haber escuchado el informe de su enviado especial al Próximo Oriente, Loy Henderson, se ha dirigido al país, mediante una declaración leída por el secretario de Estado, Foster Dulles, a través de las cámaras de televisión.

De dicha declaración, recogemos los siguientes importantes fragmentos:

"En una reunión celebrada con el Presidente, Henderson informó al jefe del Poder Ejecutivo de sus conversaciones con altos funcionarios de Turquía, Irak, Jordania y El Líbano. Manifestó que había encontrado gran preocupación entre esos países ante la aparente penetración soviética en Siria, y ante la llegada de armas rusas no justificadas por las necesidades defensivas..."

"El Presidente reafirmó su intención de

POR EL LATIN VIVIENTE

Carta de la Secretaría de Estado

Del 3 al 6 de septiembre de 1956 tuvo lugar en Avignon el primer Congreso internacional para el latín viviente, que reunió a los representantes de 27 naciones. El señor Aubanel, editor de Avignon, remitió a S. S. el Papa el volumen dedicado a los trabajos del Congreso; envió que le valió del Secretario del Estado la carta siguiente, que ha reproducido la «Semaine religieuse de Paris» con fecha 31 de agosto de 1957:

SECRETARIA DI STATO
DI SUA SANTITA
n.º 398.302

Del Vaticano, 22 marzo 1957

Estimado Señor:

El Santo Padre ha acogido con reconocimiento el hermoso volumen, cuidadosamente editado por usted, que lleva el título: «*Primer Congreso Internacional para el latín viviente. Avignon, 3-6 septiembre 1956*», que le habéis ofrecido.

Su Santidad ha tenido conocimiento por este volumen de los grandes esfuerzos llevados a cabo por hombres eruditos para los que el latín encuentra de nuevo la primacía que tuvo en otro tiempo en los más grandes progresos de la cultura, para mantener las relaciones cordiales entre los pueblos y favorecer los intercambios intelectuales y artísticos.

Nada más útil y deseable en las circunstancias actuales, en que se siente la necesidad de unidad en el uso de una lengua universal.

El Santo Padre elogia en gran manera tales resoluciones, e invoca la ayuda de Dios para que de este trabajo nazcan frutos abundantes. Muy emocionado con su obsequio, concede de todo corazón, a usted y a esa empresa, la Bendición Apostólica.

Le doy también las más expresivas gracias por el libro que me ha ofrecido y le reitero mi consideración y aprecio.

DELL'ACQUA, substituto.

LA JUNTA DEL BANCO EXTERIOR DE ESPAÑA

Discurso del director general don Claudio Ferro:

Las primeras palabras del director general fueron de viva complacencia por la satisfacción que el Consejo sentía al haberse reintegrado a su puesto, después de seis años de fecunda labor en el Ministerio de Comercio, don Manuel Arburúa, administrador delegado del Banco Exterior. El debía haber sido quien informase a los accionistas de lo que ha sido el ejercicio; pero, por motivos de delicadeza, al tener que referirse a hechos sucedidos durante su actuación ministerial, le parecía más conveniente que fuese yo—dijo—quien lo hiciera.

Seguidamente se refirió a los problemas de la economía mundial y las repercusiones de los acontecimientos políticos en el segundo semestre.

Al presentarse a discusión la Memoria, intervinieron dos accionistas para manifestar la satisfacción que les producía el resultado del ejercicio y la incorporación a las tareas del Banco de don Manuel Arburúa. Por tal motivo solicitaban para el Consejo un voto de gracias.

La Asamblea acogió estas intervenciones con salvas de aplausos que se repitieron cuando don Manuel Arburúa se levantó para decir visiblemente emocionado por tan singulares pruebas de afecto, que no pensaba hacer uso de la palabra, pero que en vistas de las cariñosas frases que le habían dedicado los accionistas, así como el Consejo y director general, se consideraba obligado a levantarse para agradecerles su atención y prometerles que había que poner todo su entusiasmo por conseguir los mayores progresos para el Banco.

(El Trabajo Nacional, junio 1957, n.º 1.654)

llevar a cabo la política nacional, expresada en la resolución del Congreso sobre el Oriente Medio, y de ejercer, cuando fuese necesaria, la autoridad que dicha resolución le concede. A este respecto, el Presidente autorizó la entrega acelerada a los países de dicha zona de ayuda económica y defensiva.

"Por último, el Presidente expresó la esperanza de que el comunismo internacional no empuje a Siria a cometer actos de agresión contra sus vecinos, y de que el pueblo de Siria actuará convenientemente para mitigar la ansiedad causada por los últimos acontecimientos."

De esta declaración, conviene destacar la decisión de Washington—llevada inmediatamente a efecto—de rearmar a Turquía, Irak, Jordania y El Líbano. Nada se dice tampoco de Israel—como si el Estado sionista no constituyera una pieza importante en el intrincado juego de aquella zona—, lo cual podría indicar que los Estados Unidos confían en la rivalidad árabe y, sobre todo, en Turquía, para atajar cualquier complicación que pudiera surgir de Siria. También hemos de poner de relieve la invocación final al "pueblo de Siria" para que actúe "convenientemente". ¿Se trata de una llamada a los elementos pronorteamericanos contra los actuales gobernantes de dicho país?

El hecho cierto es que, una vez más, el Oriente Próximo se convierte en la encrucijada de una amenaza directa, que pudiera ser inminente, de la tan temida conflagración.

DELEGACIÓN ESPAÑOLA EN LAS NACIONES UNIDAS

El señor Lequerica presidirá la delegación española en la XIX sesión de la Asamblea de las Naciones Unidas, cuya apertura se anuncia en Nueva York para el próximo día 17.

Entre los delegados suplentes figura don Antonio Cacho Zabalza, consejero de Prensa.

¿UN NUEVO "SATÉLITE" PARA LA URSS?

Ivan Bardin, presidente de la organización soviética del Año Geofísico, ha declarado en Montreal que la URSS proyecta lanzar su primer satélite "artificial" a finales de este año o a principios del próximo. La Unión Soviética, ha añadido Bardin, "utilizará, efectivamente, los satélites artificiales".

Como los Estados Unidos han venido anunciando que también ellos vienen trabajando para tener "su" satélite artificial, cabría preguntarles hasta qué punto los "científicos" de uno y otro país colaboran en la tarea común de hacer posible que los proyectados satélites se conviertan en una realidad...

Del 11 al 20 de septiembre

EL TRIUNFO DE ADENAUER Y LA DEMOCRACIA LIBERAL

El canciller Adenauer y su partido demócrata cristiano—formado por católicos y

protestantes—ha triunfado plenamente en la jornada electoral del día 15.

El 50,18 por ciento de los votos emitidos han correspondido a los candidatos del viejo Canciller, lo cual supone un aumento de más de dos millones de votos con relación a los conseguidos en las elecciones de 1953. Ello no ha significado, como pudiera parecer, el aplastamiento de sus más directos rivales, los socialistas, ya que también la socialdemocracia, con un 31,75 por ciento de los votos, ha obtenido una ganancia de cerca dos millones de sufragios.

El llamado mundo occidental ha respirado profundamente. Al parecer, no es lo mismo que triunfen los socialistas en Francia, Suecia y Gran Bretaña que en la República Federal de Bonn. ¿Por qué será?

Los corresponsales españoles exultan de satisfacción. Augusto Assia, desde la capital germana, apostilla: "Sobre el plano de la política en general y a largo plazo, significa un paso más en la marcha de Alemania hacia las filas de los países que, como Inglaterra, los Estados Unidos o Escandinavia, se gobiernan por el sistema alternante de los dos partidos". Carlos Sentís escribe: "La mayoría absoluta obtenida por los demócratas cristianos proporcionará a Alemania otros cuatro años por lo menos de estabilidad política". Julio Moriones, desde Roma, dice, nada más ni nada menos: "Con esta nueva victoria de Adenauer salen reforzadas las concepciones y realizaciones tanto europeas como atlánticas, de tal modo que hoy no tan sólo Europa, sino el mundo occidental respiran con satisfacción y refuerzan su fe en el futuro."

Nadie, al parecer, recuerda el tinglado que se está levantando en Oriente Próximo.

Por su parte S. N. (¿Santiago Nadal?) trata de animar a los lectores de *La Vanguardia Española*, con consideraciones de este tipo:

"En verdad que en el agitado, turbulento mundo en que vivimos, en un mundo en que tantos valores consagrados están en pleno retroceso o en cambio de revisión profunda, resulta tranquilizador ver los espectáculos que, en estos días, han dado dos grandes pueblos..." (Uno es Norteamérica con el problema de la segregación racial; el otro, Alemania.) Pero sigamos: "En la República Federal, en efecto, las elecciones se han celebrado con la seriedad y la honradez que aquel pueblo sabe poner en las cosas importantes".

Pero, ¿no recuerda, acaso, el señor S. N. la seriedad y honradez con que el sufragio universal inorgánico se pronunció en abril de 1931, en las elecciones "modélicas" organizadas por el difunto Conde de Romanones?

Claro está que ni la República Federal ni los Estados Unidos están constituidos en régimen monárquico liberal. Es un pequeño detalle. Pero es peligroso el juego de las urnas bajo el marchamo del liberalismo cuando el que lo jalea trata de escudarse en una posición conservadora...

UN ACUERDO Y UNA REALIDAD

La Asamblea de las Naciones Unidas ha condenado por 60 votos a favor, 10 en contra y 10 abstenciones, la intervención armada de la Unión Soviética en Hungría.

No hay que decir que las tropas soviéticas continúan en Hungría.

José-Oriol Cuffí Canadell

JOSÉ-ORIOI CUFFÍ CANADELL

CON CENSURA ECLESIASTICA

DESPUES DE LA CIRCULAR DE LOS REVMOS. METROPOLITANOS

El Episcopado de España ha hablado muy alto y muy fuerte contra la inmoralidad. Cada católico, cada hombre de buena voluntad ha respondido en su corazón con propósitos generosos. Efectivamente ¿que hemos hecho desde entonces?

La «Campana Pro Moralidad», que ya tiene varios años de existencia, ofrece a todos dos instrumentos de trabajo que pueden servir de base a una actuación práctica y eficaz.

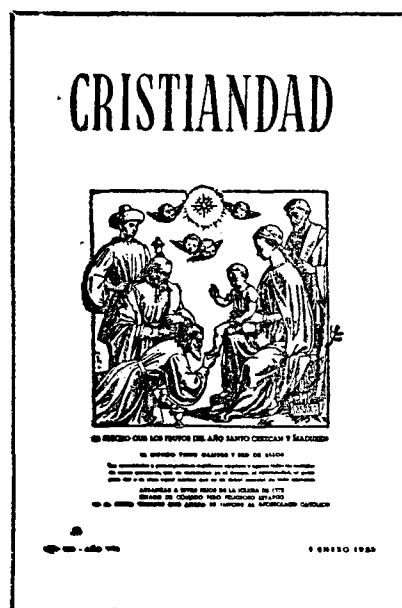
1.º Carteles, tarjetas, folletos, etc. ... sobre el baile, las modas, la moralidad en general.

Pidan informes o manden una limosnita y recibirán modelos en cantidad proporcionada y siempre superior a su limosna.

2.º Un boletín que se esfuerza en recordar los *principios esenciales* sobre los cuales descansa la moralidad. Por ejemplo, el número Julio-Agosto trata del noveno mandamiento. Quien no ha entendido el sentido y la importancia de esta cuestión no puede valorizar el trabajo que se haga en favor de cualquier esfuerzo moralizador.

Pidan un número del boletín (3 pesetas)

Campana Pro Moralidad, Santa Clara, 4 - MADRID



La mejor adquisición
para su
Biblioteca.

El mejor regalo

Un tomo en «Ediciones Encuadernadas»

TRINXET

SOCIEDAD ANONIMA

Fábricas de tejidos
de algodón

CIEN AÑOS DE CALIDAD



BARCELONA

Vía Layetana, 97
Tels. 22 87 51 y 21 04 11



En su viaje a Mallorca visite las

Cuevas de Artá

Una maravilla entre maravillas

ARTICULOS PIEL
VIAJE
Y
DEPORTE

FERRER

Subida
Puente Isabel II, 2
GERONA

MUELLES

Boixadera

Lepanto, 246-248
Teléfonos: 25 12 36 y 26 37 93 (3 líneas)
BARCELONA

Productos Codorniu y Garriga, S. A.

Especialidades Farmacéuticas

Badajoz, 112

BARCELONA

Trenzas y Cables de Acero

SOCIEDAD ANONIMA

BARCELONA
Paseo de Gracia, 7

MADRID
Edificio «España»